COLECCIÓN
de los
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS
TOMO 132

A. DE LAMARTINE

BIOGRAFÍA
DE
CRISTÓBAL COLÓN

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
Arenal, núm. 11.
Precio: 50 cénts. en toda España.

artine

VOLÚMENES EN VENTA

	TOMOS
Romancero del Cid....	1
La Celestina.....	2 y 3
La Edad Media.....	4
Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.	5
Poesías alemanas.....	6
Proudhon.....	7
Romancero morisco...	8 y 10
Cervantes.—Novelas..	9
Herculano.—Novelas..	11
Espronceda.—Poesías.	12 y 19
Goethe.—Werter.....	13
Larra.—Artículos.....	14 y 15
Romancero caballeresco.....	16
Tesoro de la poesía castellana.....	17-18-20-22-30
Dante.—Tasso—Petrarca.....	21
Tirso de Molina.....	23
Calderón de la Barca..	24-138
Fray Lope de Vega...	25
Zorrilla.....	26
Quevedo.....	27-36-91-94
Soulié.....	28-32-43-50
Balzac.....	29
Santa Teresa.....	31
Alarcón.....	33
La perfecta casada....	34
D. Ramón de la Cruz.	35 y 133
Moratín.....	37
Lope.—Nieto de Molina	38
Castillejo.....	39
Schiller.—Dramas.	40-68-69

	TOMOS
Eusebio Blasco.—Poesías.....	41
Víctor Hugo.....	42-44-88
Poesías mejicanas....	45
Melo.—Guerra de Cataluña.....	46-47-4[illegible]
Campoamor.....	4[illegible]
Mesonero Romanos..	51 y 5[illegible]
Bossuet —Oraciones fúnebres.....	[illegible]
Mirabeau.—Discursos.	[illegible]
Eurípides.....	[illegible]
Voltaire.....	[illegible]
Víctor Balaguer.....	[illegible]
Escritoras españolas..	[illegible]
Nicolás Gogol.....	[illegible]
Poetas americanos....	[illegible]
Jovellanos.....	61-80-[illegible]
Poetas contemporáneos.....	62 y 64
Lord Byron.—Poemas	63
Ventura R Aguilera..	65
Marco Polo.....	66
Cristobal Colón.....	67
El Universo en la Ciencia.....	70
Poesías inéditas de Calderón.....	71
Argumento de Amadís de Gaula.....	72
Lope de Vega.—Novelas.....	73
Demóstenes y Esquines	74
Fabulistas extranjeros	75

1761 a
Na: 567008
Ba 11432/DC
CDC 821 Lamartine

BIBLIOTECA UNIVERSAL

CEU
Biblioteca
B. Díez del Corral

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO CXXXII

BIOGRAFÍA DE CRISTOBAL COLÓN

POR

Alfonso de Lamartine

CEU
Biblioteca
B. Díez del Corral

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Barco, 9 dupd.°, bajo.
1892

MADRID.—1892.
Imprenta de «La España Forense»
Carrera de San Francisco, 5.

PRIMERA PARTE

I

Dios se oculta en el detalle de las cosas humanas y se manifiesta en el conjunto. Ningún hombre sensato ha negado jamás que los grandes acontecimientos que componen la vida histórica de la humanidad estuviesen unidos y coordinados secretamente por un hilo invisible suspendido de la mano omnipotente del Soberano ordenador de los mundos, para hacerlos concurrir á un designio y á un plan. ¿Cómo el que ha dado la luz al sol puede ser ciego? ¿Cómo el que ha dado el pensamiento á la criatura puede carecer de pensamiento?

Los antiguos llamaban á ese plan oculto, absoluto é irresistible de Dios en las cosas humanas, el Destino, la Fatalidad; los modernos le llaman la Providencia, nombre más inteligente, más religioso y

más paternal. Estudiando la historia de la humanidad, es imposible no reconocer, más arriba y más abajo de la acción libre del hombre, la acción soberana y transparente de la Providencia. Esta acción del conjunto y de masas en nada excluye la libertad de nuestros actos que constituye la moralidad de los individuos y de los pueblos; parece que les deja moverse, obrar, extraviarse y elegir ya el bien ya el mal en cierta esfera de acción y con cierta intuición sobre el premio ó castigo merecido según la conducta de cada cual; pero á ella, únicamente á la Providencia, corresponden los resultados generales de los actos que ejecutan los pueblos ó los individuos. Parece reservárselos, independientemente de nosotros, para fines divinos que no conocemos hasta que ya casi se los ha realizado. El bien y el mal son nuestros y para nosotros; pero la Providencia de este bien y de este mal saca con igual infalibilidad de sabiduría el cumplimiento de su designio sobre la humanidad. El instrumento oculto, pero divino, de esta Providencia, cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó realizar una parte de sus planes, es la inspiración. La inspiración es verdaderamente un misterio humano del cual se hace difícil encontrar el origen

en el hombre mismo. Parece venirnos de más arriba y de más léjos. Hé aquí por qué se le ha dado un nombre también misterioso, y que no se define bien en ningún idioma: *genio*. La Providencia hace nacer á un hombre de genio; el genio es un don; no se adquiere con el trabajo, no se obtiene ni con la virtud; es ó no es, sin que el mismo que lo posee pueda dar cuenta de su naturaleza y de su posesión. A este genio la Providencia le envía una inspiración. La inspiración es al genio lo que el *imán* al metal. Le atrae independientemente de toda conciencia y de toda voluntad, hacia algo fatal y desconocido, como el polo. El genio sigue esta inspiración que le arrastra, y encuentra un mundo moral ó un mundo físico.

Hé aquí á Cristobal Colón y el descubrimiento de América.

II

Colón en su pensamiento aspiraba á completar el globo que le parecía tener de menos una de sus mitades. Le hacía trabajar el deseo de la unidad geográfica terrestre. Esta necesidad era igualmente

una inspiración de su época. Hay ideas que flotan en el aire como miasmas intelectuales, y que millares de hombres parece que respiran á un mismo tiempo.

Cada vez que la Providencia prepara al mundo para alguna transformación religiosa, moral ó política, se puede observar casi regularmente este mismo fenómeno: una aspiración y una tendencia más ó menos completa hacia la unidad del globo por la conquista, por la lengua, por el proselitismo religioso, por la navegación, por los descubrimientos geográficos ó por la multiplicación de las relaciones de los pueblos entre sí, por medio de la aproximación y contacto de estos pueblos, que las vías de comunicación, las necesidades y el comercio estrechan y reunen. Esta tendencia á la unidad del globo en ciertas épocas es uno de los hechos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

Así es que cuando la gran civilización oriental de las Indias y del Egipto parece extenuada por la vejez, y que Dios quiere llamar el Asia y el Occidente á una civilización más joven, más movible y más activa, Alejandro parte, sin saber por qué, de los valles de Macedonia, arrastrando las miradas y los auxiliares de la Grecia, y el mundo adquiere unidad

con el terror y la gloria de su nombre, desde el Indostán hasta los confines de Europa.

Cuando quiere preparar un auditorio inmenso al Verbo transformador del cristianismo en Oriente y en Occidente, extiende el idioma, la dominación, las armas de Roma y de Cesar desde las orillas del golfo Pérsico á las montañas de Escocia, uniendo en un solo espíritu y una sola servidumbre Italia, las Galias, la Gran Bretaña, Silecia, Grecia, Africa y Asia.

Cuando quiere, algunos siglos después, arrancar Arabia, Persia y sus dependencias á los bárbaros, y hacer prevalecer el dogma irresistible de la unidad de Dios sobre las idolatrías y las indiferencias de estas partes retiradas ó corrompidas del mundo, arma á Mahoma con el Korán y la cimitarra; permite al islamismo que conquiste en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxus y el Tajo, el Tibet y el Líbano, el Atlas y el Tauro. Una inmensa unidad de imperio prepara anticipadamente á una inmensa unidad de idea.

Lo mismo se puede afirmar de Carlomagno en Occidente, cuando su monarquía universal prepara desde la Scitia y la Germania el vasto lecho en donde la

civilización cristiana va á recibir y á bautizar á los bárbaros.

Así sucede con la revolución francesa, esta reforma del mundo occidental por medio del raciocinio, cuando Napoleón, tan emprendedor y más ciego que Alejandro, pasea sus ejércitos victoriosos por el continente avasallado, constituye por un momento la gran unidad de Francia; y, creyendo formar en ella su imperio, sólo siembra los gérmenes del idioma, de las ideas y de las instituciones de la revolución.

Del mismo modo en nuestros días, no ya bajo la forma de conquistas, sino bajo la de comunicaciones intelectuales, comerciales y pacíficas, entre todos los continentes y todos los pueblos de la tierra la ciencia ha pasado á ser la conquistadora universal en provecho y gloria de todos. La Providencia parece haber encargado esta vez al genio de la industria y de los descubrimientos el prepararle la más completa unidad del globo terrestre que haya jamás estrechado el tiempo, el espacio y los hombres en una masa más compacta, más completa y más asimilada. La navegación, la imprenta, el descubrimiento del vapor, esta fuerza económica é irresistible de impulsión, que lanza al hombre y

sus ejércitos, y sus mercadurías tan lejos y pronto como el pensamiento: la construcción de los caminos de hierro que allanan las montañas y nivelan la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que da á las comunicaciones entre los dos hemisferios la instantaneidad del rayo; el descubrimiento de los aerostatas, que buscan aun su timón, pero que harán luego navegable un elemento más universal y más simple que el Océano; todas estas revelaciones casi contemporáneas de la Providencia por la inspiración del genio industrial, son medios de unión, de concentración, de contracción del globo en sí mismo; instrumentos de aproximación de homogeneidad de los hombres entre sí. Estos medios son tan activos y tan evidentes, que es imposible no ver en ellos un último esfuerzo hacia lo desconocido, y no concluir de aquí que Dios premedita para nosotros y nuestros descendientes algún designio oculto aún á nuestra débil vista; designio para el cual toma sus medidas haciendo adelantar el mundo hacia la más poderosa de las unidades, la unidad de pensamiento, que anuncia alguna grande acción en el porvenir.

El espíritu del siglo XV estaba preparado para cualquier manifestación huma-

na ó divina cuando nació el grande hombre de quien vamos á contar la historia. Se esperaba algo: el espíritu humano tiene sus presentimientos. Son las profecías vagas de las realidades que se acercan.

III

En la primavera del año 1471, en medio del día, con un sol abrasador que calcinaba los caminos de Andalucía, en una colina á media legua del puerto de Palos, dos extranjeros que viajaban á pie, roto el calzado por el uso, raído el traje, en el que se revelaba los vestigios de cierto pasado bienestar, cubiertos de polvo y bañada en sudor la frente, se detuvieron y sentaron bajo la sombra de un pórtico que daba entrada al pequeño convento de Santa María de la Rábida. Su aspecto y su cansancio imploraban por sí solos la hospitalidad. Los conventos de franciscanos eran, en aquella época, las posadas de los viajeros á quienes la miseria no permitía recurrir á otros asilos. Este grupo de los dos viajeros llamó la atención de los frailes.

El uno era un hombre apenas llegado á la mitad de la vida, alto, robusto, majestuoso, de frente noble, fisonomía franca, mirada profunda, labios graciosos y dulces. Sus cabellos, de un rubio ligeramente obscuro en su juventud, se teñían prematuramente de esa blancura que revela la desgracia y el trabajo del espíritu. Su frente era elevada; su color, primitivamente encarnado, había palidecido con el estudio, y se había tostado con el sol y el aire del mar. El metal de su voz era varonil, sonoro y penetrante como el acento de un hombre habituado á manifestar pensamientos profundos. En sus gestos no se revelaba ni ligereza ni irreflexión: todo era grave y simétrico en sus menores movimientos; parecía que se respetaba modestamente á sí mismo, ó que obraba sólo con la reserva de un hombre piadoso en un templo, como si hubiese estado en presencia de Dios.

El otro era un niño de ocho á diez años. Los rasgos de su fisonomía, aunque más afeminados, aunque ya sellados por las fatigas de la vida, tenían tal semejanza con los del primer viajero, que era imposible no reconocer en él á su hijo ó su hermano.

IV

Estos dos extranjeros eran Cristóbal Colón y Diego, su hijo. Los frailes, curiosos y enternecidos á la vista del noble rostro del padre y de la gracia del niño, que contrastaban con la indigencia de su porte, les hicieron entrar al interior del monasterio para ofrecerles la sombra, el pan y el reposo debidos á los peregrinos. Mientras que Colón y su hijo se refrescaban y confortaban con el agua, el pan y las aceitunas de la mesa de los huéspedes, los frailes fueron á dar parte al prior de la llegada de los dos viajeros, y del interés extraño que inspiraba su noble presencia, en contraste con su miseria. El prior bajó para hablar con ellos.

Este superior del convento de la Rábida era Juan Pérez de Marchena, antiguo confesor de Isabel, que reinaba entonces en España, juntamente con su esposo Fernando. Hombre de santidad, de ciencia y de recogimiento, había preferido el abrigo de su claustro á los honores y á las intrigas de la corte; pero ha-

bía conservado, por este mismo retraimiento, gran respeto en palacio, y gran crédito en el espíritu de la reina. La providencia no tuvo menos parte que el azar en dirigir los pasos de Colón, si quiso abrirle con una mano protectora, aunque invisible, las puertas del consejo y el oido y el corazón de los soberanos.

V

El prior saludó al extranjero, acarició al niño, y se informó con benevolencia de las circunstancias que les obligaban á viajar á pie á través de los extraviados caminos de España, y á buscar el humilde techo de un monasterio pobre y aislado. Colón refirió al fraile su vida obscura, y le reveló sus vastos pensamientos. Esta vida y estas ideas no eran más que una esperanza y un presentimiento. Hé aquí lo que después se ha sabido de ellos.

VI

Cristobal Colón era el primogénito de un cardador de lanas genovés, oficio ínfimo actualmente, profesión entónces liberal y casi noble. En estas repúblicas industriales y comerciales de Italia, los artesanos, orgullosos de restaurar ó inventar industrias, formaban corporaciones ennoblecidas por el arte é importantes al Estado. Nació en 1436: tuvo dos hermanos, llamado el uno Bartolomé y el otro Diego, al cual llamó más tarde á participar de sus trabajos, de su gloria y de sus desgracias. También tuvo una hermana más joven que todos, la cual casó con un trabajador genovés.

Su obscuridad la puso al abrigo por mucho tiempo del esplendor y de los infortunios de sus hermanos.

Nuestros instintos nacen con los primeros espectáculos que la naturaleza ofrece á nuestros sentidos, sobre todo cuando estos espectáculos son majestuosos é infinitos, como las montañas, el cielo y el mar. Nuestra imaginación es el espejo donde se reflejan las primeras es-

cenas que hemos presenciado en la infancia. Las primeras miradas de Colón, niño aún, contemplaron el firmamento y el mar de Génova. La astronomía y la navegación arrastraron temprano sus ideas á esos dos espacios abiertos ante sus ojos. Los poblaba con su imaginación antes de poblarlos con sus continentes y sus islas. Contemplativo, silencioso, piadoso por inclinación desde sus más tiernos años, su genio de niño le llevaba á lo lejos y á lo alto en los espacios, no solamente para descubrir más, sino para adorar con más ardor. Era la obra divina, lo que buscaba en el fondo de todo era Dios.

VII

Su padre, hombre inteligente y acomodado en su profesión, no se opuso á las estudiosas inclinaciones en su hijo. Le envió á Pavía para estudiar geometría, geografía, astronomía, astrología, ciencia imaginaria de su tiempo, y navegación. Su espíritu traspasó pronto los límites de

estas ciencias entónces incompletas: su alma era de las que van siempre más allá de donde el vulgo se para, y dice: ¡basta! A los catorce años sabía cuanto se enseñaba en las escuelas, y volvió á Génova al seno de su familia. La profesión sedentaria de su padre no podía aprisionar sus facultades. Navegó varios años en buques mercantes y de guerra, hizo expediciones aventureras, que las casas de Génova armaban en el Mediterráneo, para disputar sus olas y sus puertos á los españoles, á los árabes y á los mahometanos; especie de cruzadas perpetuas en que el tráfico, la guerra y la religión hacían de esos marinos de las repúblicas italianas, una escuela de comercio, de lucro, de heroismo y de santidad. Soldado, sabio y marinero á la vez, montó los buques que su patria prestó al duque de Anjou para reconquistar á Nápoles, la flota que el rey de Nápoles en vió para atacar á Tunez, las escuadras con que Génova hacía la guerra á España. Ascendió, dicen, á mandos de obscuras expediciones navales en la marina militar de su país. Pero la historia lo pierde de vista en estos comienzos de su vida. Su destino no estaba allí; se encontraba sin espacio en esos pequeños mares y en esas pequeñas cosas. Su pensamiento era más

grande que su patria: meditaba una conquista para la especie humana, y no para una corta república de la Liguria.

VIII

En los intervalos de sus expediciones, Cristobal Colón satisfacía su pasión por la navegación y la geografía; dibujaba, grababa y vendía mapas. Esta pequeña industria le bastaba apenas para su subsistencia. Buscaba en ello menos el lucro que el progreso de la ciencia. Su espíritu y sus sentidos, contínuamente fijos en los astros y los mares, seguían con el pensamiento al alcance de un fin, sólo por él entrevisto.

Un naufragio, á consecuencia de un combate naval y del incendio de la galera que él montaba en la rada de Lisboa, le fijó en Portugal. Arrojóse al mar para escapar á las llamas; cogió un remo con una mano y nadó con la otra hasta alcanzar la costa. Portugal, enteramente apasionado entónces por los descubrimientos marítimos, era una residencia conveniente á sus inclinaciones. Esperó encontrar allí ocasiones y medios de lanzarse á su

grado en el Océano; pero sólo encontró él trabajo ingrato del geógrafo y la obscuridad y el amor. Yendo cada día á los oficios divinos, que se celebraban en la iglesia de un convento de Lisboa, se enamoró de una joven cuya hermosura le había admirado. Esta era la hija de un noble italiano al servicio de Portugal. Su padre la había confiado á las religiosas de dicho convento al partir para una expedición naval lejana. Se llamaba doña Felipa de Palestrello. Seducida por la hermosura reflexiva y majestuosa del joven extranjero sintió pronto por él sinsincero amor. Ambos sin padres y sin fortuna y en tierra extranjera, nada podía contrariar el mutuo afecto que sentían. Uniéronse, pues, en matrimonio, confiando en la Providencia y en el trabajo, única dote de Felipa y de su amante. Mantuvo á su esposa y á la madre de ésta con el producto de sus mapas y de sus globos geográficos, que eran muy solicitados por los navegantes portugueses á consecuencia de la perfección con que se hallaban dibujados y construídos. Los papeles de su suegro, que le entregó su esposa, y sus correspondencias con Toscanelli, famoso geógrafo de Florencia, le proporcionaron, según dicen, nociones precisas sobre los apartados mares de la

India, y los medios de rectificar los elementos entónces confusos ó fabulosos de la navegación. Enteramente absorbido en su felicidad doméstica y en sus contemplaciones geográficas, tuvo el primer hijo, que se llamó Diego en memoria de su hermano. Su sociedad íntima sólo se componía de marinos que volvían de expediciones lejanas, ó soñaban tierras desconocidas y caminos no cruzados en el Océano. Su taller de cartas y globos era un foco de ideas, de conjeturas, de proyectos, que acariciaba sin cesar su imaginación con alguna cosa grande y desconocida en el globo. Su esposa, hija y hermana de marinos, también tomaba parte en estos entusiasmos. Al contornear sus globos, y al señalar en sus cartas las islas y los continentes, un vacío inmenso se presentaba á los ojos de Colón en medio del Océano Atlántico. Parece que en él faltaba la tierra que debía ser el contrapeso de un continente. Los rumores vagos, maravillosos, terribles, hablaban á la imaginación de los navegantes de costas vislumbradas desde la cima de las Azores, llamadas inmóviles ó flotantes, porque se mostraban en tiempo sereno, y desaparecían ó se alejaban cuando pilotos temerarios intentaban acercarse á ellas. Un viajero veneciano, Marco Polo,

que era considerado entonces como un inventor de fábulas, y del cual el tiempo ha reconocido la veracidad, refería del Occidente maravillas, suponiendo continentes, estados y civilizaciones: la Tartaria, India y China, prolongadas hacia donde se extienden en realidad las dos Américas. El mismo Colón creía en la existencia, á la extremidad del Atlántico, de esas comarcas de oro, de perlas y de mirra de donde Salomón sacaba sus riquezas, este *Ofir* de la Biblia, cubierto después con las nubes del tiempo y de lo maravilloso. No buscaba un continente nuevo sino un continente perdido. La atracción de lo imaginario le condujo á lo verdadero.

Suponía en sus cálculos, siguiendo á Ptolomeo y á los geógrafos árabes, que la tierra era un globo al cual se podía dar la vuelta. Creía que este globo era algunos millares de leguas menos vasto de lo que es; se imaginaba en consecuencia que la extensión de mar que se debía recorrer para llegar á esas tierras desconocidas de la India era menor de lo que creian los navegantes. La existencia de estas tierras le parecía confirmada por el testimonio de los pilotos que más se habian alejado de las Azores. Unos habian visto flotar en las olas ramas de árboles

desconocidos en el Occidente; otros, pedazos de madera esculpidos, pero que no habian sido trabajados con istrumentos de hierro; otros, abetos monstruosos con los cuales se habia hecho canoas de una sola pieza, que podian contener ochenta remeros: otros, pájaros gigantescos; otros, en fin, cadáveres de hombres blancos ó cobrizos cuya fisonomía en nada se asemejaban á las razas occidentales, asiáticas ó africanas.

Todos estos indicios flotantes de tiempo en tiempo á consecuencia de las tempestades en el Océano, y no se qué instinto vago que precede siempre á las realidades como la sombra precede al cuerpo cuando el sol nos alumbra por la espalda, anunciaban maravillas al vulgo, manifestaban á Colón tierras existentes más allá de las playas escritas por la mano de los geógrafos en los mapamundis. Solamente estaba convencido de que estas tierras no eran más que una prolongación del Asia, ocupando más de un tercio de la circunferencia del globo. Esta circunferencia, ignorada entónces por los filósofos y por los geógrafos, dejaba á las congeturas la extensión de este Océano que era preciso atravesar para llegar á aquella Asia imaginaria. Unos la creían inconmensurable; otros se la figuraban como una especie

de eter profundo y sin límites, en el cual los navegantes se extraviaban, como actualmente los aereonautas en los desiertos del firmamento. El mayor número, ignorando las leyes de la pesantez y de la atracción que llama los cuerpos al centro, y admitiendo no obstante ya la redondez del globo, creía que los buques y los hombres llevados por el azar á los antípodas se desprenderían de la tierra para caer en abismos sin fin. Las leyes que gobiernan los buques y los movimientos del Océano eran completamente desconocidas. Se representaban en aquel tiempo los navegantes el mar, más allá de cierto horizonte, limitado por islas ya descubiertas, como una especie de caos líquido, cuyas desmesuradas olas se levantaban como montañas inaccesibles, se abrían en sumideros sin fondo, se precipitaban del cielo en cataratas que arrastrarían y engullirían los buques bastante temerarios para acercarse á ellas. Los más instruídos, aun admitiendo las leyes de la pesantez y cierto nivel en los espacios líquidos, pensaban que la forma esferoidal del globo daba al Océano una inclinación hacia los antípodas, que arrastraría los buques á costas sin nombre, pero que jamás les sería permitido subir de nuevo esta pendiente para volver á Europa. De estas distintas

preocupaciones sobre la naturaleza, la forma, la extensión, las subidas y bajadas del Océano, brotaba un general y misterioso terror que sólo un genio de sobrehumana audacia podía afrontar con valentía. Era la lucha del espíritu humano contra un elemento: para intentarla, se necesitaba más que un hombre.

IX

La invencible inclinación del pobre geógrafo hacia esta empresa era el ververdadero lazo que detenía tantos años á Colón en Lisboa como patria de sus pensamientos. Entonces Portugal, gobernado por Juan II, príncipe ilustrado y emprendedor, se entregaba movido por el espíritu de colonización, de comercio y de aventuras, á tentivas navales incesantes para unir Europa á Asia, y en donde Vasco de Gama, el Colón portugués, no estaba lejos de descubrir el camino marítimo de las Indias por el cabo de Buena Esperanza. Colón convencido de que encontraría un camino más ancho y más directo lanzándose de frente hacia el Oeste, obtuvo, después de

muchas solicitudes, una audiencia del rey, para revelar sus planes de descubrimiento y pedirle los medios de llevarlos á cabo con provecho de la fortuna y de la gloria de sus estados. El rey le escuchó con interés. La fé de este desconocido en sus esperanzas no pareció al rey desprovista de fundamento para relegarla á la categoría de las quimeras. Colón, independientemente de su elocuencia natural, tenía la de su convicción, y logró conmover lo bastante al rey para que este príncipe encargara á un consejo de sabios y de políticos el examen de las proposiciones del navegante genovés, y el informe sobre las probabilidades de su empresa. Este consejo, compuesto del confesor del rey y de algunos geógrafos tanto más acreditados en su corte cuanto más participaban de las preocupaciones del vulgo, declaró las ideas de Colón quiméricas y contrarias á todas las leyes de la física y de la religión.

Un segundo consejo, al cual Colón apeló con permiso del rey, agravó aun más la primera decisión. Con una perfidia ignorada por el rey, sus consejeros comunicaron los planes de Colón á otro piloto, é hicieron partir secretamente un buque para explorar el camino que había

indicado hacia el Asia. Este buque que había navegado algunos días más allá de las Azores, volvió asustado por el vacío y la inmensidad del espacio que había entrevisto, y confirmó al consejo en el desprecio de las conjeturas de Colón.

X

Durante estas inútiles solicitudes á la corte de Portugal, el infortunado Colón perdió á su esposa, que había constituido su amor, su consuelo y la que más le había alentado en la realización de sus planes. Descuidada su fortuna por las esperanzas que había fundado en sus proyectos, Colón se había arruinado; sus acreedores se encarnizaban en los frutos de sus trabajos, se apoderaban de sus globos y de sus cartas, y hasta le amenazaban con encarcelarle. Había perdido muchos años esperando; su edad madura avanzaba, su hijo crecía; el extremo de la miseria era el único patrimonio que entreveía, en vez del mundo que había vislumbrado. Escapó de noche de Lisboa, á pié, sin otro recurso que la hospitalidad del camino, y llevando á su hijo Diego ya de la

mano, ya sobre sus robustas espaldas, entró en España, decidido á ofrecer á Fernando é Isabel, que reinaban entónces en este país, el imperio ó continente rehusado por Portugal.

Continuando su larga peregrinación hacia la residencia errante de la corte de España, fué cuando llegó al monasterio de la Rábida, cerca de Palos. Se proponía pasar inmediatamente al pueblo de Huerta, en Andalucía, habitado por un hermano de su mujer, confiar á su hijo Diego al cuidado de su cuñado, é ir solo á arrostrar la lentitud, los azares, y quizá las incredulidades de la corte de Isabel y de Fernando.

Asegúrase que antes de ir á España, había creido deber, como italiano y como genovés, ofrecer primero su descubrimiento á Génova su patria, y al senado de Venecia: pero que estas dos repúblicas, ocupadas por ambiciones más cercanas y por rivalidades más urgentes habían contestado á sus solicitudes con frialdad y con negativas.

XI

El prior del monasterio de la Rábida estaba más versado en las ciencias relativas á la navegación de lo que correspondía á un hombre de su profesión. Su monasterio desde el cual se veía el mar, vecino del pequeño puerto de Palos, uno de los más activos entonces en Andalucía, había puesto al fraile en trato habitual con los navegantes y los armadores de esta pequeña población, únicamente dedicada á la marina. Miéntras habitó la capital, y la corte, dedicó sus estudios á las ciencias naturales y á los problemas que se agitaban entonces en los espíritus. Al principio sintió piedad por Colón en quien vió á un hombre muy superior á la fortuna que le había deparado el destino; mas luego aquella piedad se convirtió en admiración y sus conversaciones con él infundieron en su alma un gran entusiasmo por sus proyectos. Vió en él á uno de esos enviados de Dios, que son rechazados de los palacios de los príncipes ó de las ciudades, á donde llevan en sus manos indigentes tesoros

invisibles de verdades. La religión comprendió al genio, revelación que quiere tener como ella sus fieles. Se sintió destinado á ser uno de estos fieles que participaban de esas revelaciones del genio, no por el descubrimiento, sino por la fé. La Providencia envía casi siempre uno de esos creyentes á los hombres superiores para impedirles que se desalienten por causa de la incredulidad, de la dureza ó de las persecuciones del vulgo: son la más sublime forma de la amistad, los amigos de la verdad desconocida, los confidentes del porvenir imposible.

Juan Pérez se sintió predestinado por el cielo para ser, desde el fondo de su soledad, el introductor de Colón en el favor de Isabel, el apóstol de su gran designio en el mundo. Lo que amó en Colón, no fué solamente su designio sino á él mismo, su hermosura, su carácter, su valor, su modestia, su gravedad, su elocuencia, su piedad, su virtud, su dulzura, su gracia, su paciencia, su infortunio noblemente sufrido, todo lo cual revelaba en este extranjero una de estas naturalezas señaladas con mil perfecciones por el sello divino que prohibe el olvido y obliga á admirar á un hombre único. Después de la primera conversación, el fraile no dió solamente su con-

vicción á su huésped, sino que también le dió su corazón, y, lo más raro aun es que no se lo retiró jamás. Colón tuvo un amigo.

XII

Juan Pérez obligó á Colón á aceptar por algunos dias un asilo, ó á lo menos un lugar de descanso para él y para su hijo, en el humilde monasterio. Durante su permanencia, el prior comunicó á sus amigos de la población, vecinos de Palos la llegada y las aventuras de su huésped. Les rogó que fueran al convento á hablar con el extranjero de sus conjeturas, de sus intenciones, y de sus planes, á fin de apreciar si sus teorías estaban acordes con las ideas experimentales de los marinos de Palos. Un hombre eminente, amigo del prior, el médico Fernández y un piloto consumado de Palos, Pedro Velasco, fueron á pasar invitados por el fraile, varias noches en el convento: oyeron á Colón, sintieron sus ojos abiertos á la luz por sus conversaciones, entraron con el calor propio de los espíritus rectos y de los corazones sencillos

en sus ideas, formaron el primer cenáculo en donde toda la fé nueva germina en la confidencia de algunos prosélitos á la sombra de la intimidad, de la solicitud y del misterio. Toda gran verdad empieza por ser un secreto entre amigos, antes de proclamarse en alta voz por el mundo. Estos primeros amigos conquistados á sus convicciones por Colón en la celda de un pobre fraile le fueron quizá más queridos que el entusiasmo y el aplauso de la España entera, cuando el éxito hubo consagrado sus previsiones. Los primeros creían bajo la fé de sus palabras, los últimos no creyeron sino bajo la fé de sus descubrimientos realizados.

XIII

El prior, confirmado en sus impresiones por la prueba de sus ideas hecha por la ciencia del médico Fernández y la experiencia del piloto Velasco, se apasionó con ellos de su huésped. Rogóle que le dejara el niño á su cuidado en el monasterio de la Rábida, y que fuera á la corte á ofrecer su descubrimiento á Fer-

nando y á Isabel, solicitando de estos soberanos los socorros necesarios para el cumplimiento de sus designios. El azar hacía del pobre fraile un introductor natural y poderoso en la corte de España. Había por mucho tiempo. sido consejero y confesor de Isabel, y desde que su afición al retiro le alejó de palacio, conservaba relaciones de amistad con el nuevo confesor que él mismo había proporcionado á la reina. Este confesor, ministro de la ciencia de los reyes en aquella época, era Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, hombre de mérito, de reputación y de virtud, ante el cual se abrían todas las puertas de palacio. Juan Pérez entregó á Colón una carta de recomendación muy entusiasta para Fernando de Talavera. Procuróle los vestidos necesarios para presentarse con decencia en la corte, y además una mula, un guía, un bolsillo lleno de escudos, y abrazándole en el umbral del monasterio, encomendó, á Colón y á su empresa al Dios que inspira los grandes y sublimes pensamientos.

XIV

Lleno Colón de agradecimiento hacia este primero y generoso amigo que le siguió siempre con los ojos y con el corazón, se encaminó á Córdoba, que era entónces la residencia de la corte. Se dirigió allá con esta confianza en el éxito que es la ilusión, pero también la estrella del genio. Esta ilusión no debía tardar en disiparse y esta estrella á cubrirse. El momento en que el aventurero genovés iba á ofrecer un mundo á la corona de España, parecía mal escogido: Fernando é Isabel, léjos de pensar en conquistar posesiones problemáticas más allá de los mares desconocidos, estaban ocupados en reconquistar su propio reino á los moros. Estos musulmanes conquistadores de la Península, después de una larga y próspera posesión, se veían arrebatar una á una las ciudades y las provincias que miraban ya como su pátria. Vencidos en todas partes, á pesar de sus esfuerzos, no ocupaban ya más que las montañas y valles que rodean á Granada, capital y maravilla de su im-

perio. Fernando é Isabel empleaban todo su poder, todos sus esfuerzos y todos los recursos de sus dos reinos unidos, para arrancar á los moros esta ciudadela de las Españas. Unidos por un matrimonio político que el amor había cimentado, y que una gloria común ilustraba, el uno había traído en dote el reino de Aragón y el otro el de Castilla á esta comunidad de coronas. Pero, á pesar de que el rey y la reina hubiesen confundido de esta manera sus provincias separadas en una sola pátria, conservaban no obstante una dominación distinta é independiente en su reino hereditario. Tenían su consejo y sus ministros aparte para los intereses reservados de sus antiguos súbditos personales. Estos consejos no se confundían en un solo gobierno sino en los intereses patrióticos comunes á los dos imperios y á los dos esposos.

La naturaleza parecía haber dotado á estos dos soberanos de formas, calidades y perfecciones de cuerpo y alma, diversas, pero casi iguales, como para completar el uno para el otro el reino de prestigio, de conquista, de civilización y de prosperidad que les destinaba. Fernando, un poco mayor de edad que Isabel, era un gerrero cumplido y un político consumado. Antes de la edad en qu e

el hombre aprende por la triste experiencia á conocer á los hombres, los adivinaba. Su único defecto era cierta incredulidad y cierta frialdad, hijos de la desconfianza, la cual cerraba su corazón al entusiasmo y á la grandeza.

Pero estas dos virtudes que le faltaban eran, en cierto grado, compensadas en sus consejos por la ternura de alma y abundancia de corazón y de genio de Isabel. Joven, bella, admirada de todos, adorada por él, instruida, piadosa sin superstición, elocuente, llena de fuego por las grandes cosas, de simpatía por los grandes hombres, de confianza en las grandes ideas, imprimía al espíritu y á la política de Fernando el egoismo que viene del corazón y lo maravilloso que nace en la fantasía. Ella inspiraba y él ejecutaba. Ella encontraba su recompensa en el renombre de su esposo el otro su gloria en la admiración y el amor de su esposa. Este reinado de dos personas, que debía ser casi fabuloso para España, no esperaba más para inmortalizarse eternamente entre todos los reinos, que la llegada de ese pobre extranjero que iba á implorar la entrada del palacio de Córdoba con la carta de un pobre fraile en la mano.

XV

Esta carta, leida con prevención é incredulidad por el confesor de la reina, no abrió á Colón más que una larga perspectiva de espera, de negativas, de audiencias y de desaliento. Los hombres no tienen oidos para los pensamientos atrevidos sino en la soledad y en el ocio. En el tumulto de los negocios y de las cortes, carecen de tiempo y benevolencia para ocuparse de ellos. Colón se vió rechazado en todas partes, "porque era extranjero, "dice el historiador Oviedo, contemporá-"neo de este grande hombre, porque iba "pobremente vestido, y porque no llevaba "á los cortesanos y á los ministros otra "recomendación que la carta de un fraile "franciscano solitario, olvidado por la "corte desde mucho tiempo."

El rey y la reina ni siquiera oyeron hablar de él; el confesor de Isabel, por indiferencia ó por desdén, burló completamente la esperanza que en él había puesto Juan Pérez. Colón, obstinado como la certeza que espera su hora, no se alejó de Córdoba, á fin de espiar de más cerca un momento propicio. Después

de haber agotado esperando la módica cantidad que le dió su amigo, el guardián de la Rábida, ganó miserablemente su vida con su pequeño negocio de globos y cartas, jugando de esta manera con las imájenes de un mundo que debía conquistar. Su vida ruda y paciente, durante estos numerosos años, no dejaba entrever en el fondo de su obscuridad más que la miseria y el trabajo y las esperanzas burladas. Joven y tierno corazón, amó no obstante y fué amado durante esos años de prueba; pues que un segundo hijo, Fernando, nació por este tiempo de un amor misterioso, que el matrimonio no consagró jamás, y que él recuerda con remordimientos y ternura en su testamento. Este hijo natural fué educado por Colón con tanto cariño como su primer hijo Diego.

XVI

Su gracia y su dignidad transpiraban no obstante al través de su humilde profesión. Las personas distinguidas con las cuales le puso en contacto su comercio científico, recibían en su persona y

su conversación ese efecto de admiración y de atracción, profesía eléctrica de un gran destino en una mediana condición. Este trato y estas conversaciones le crearon insensiblemente amigos en Córdoba, y hasta en la corte. Entre estos amigos cuyos nombres ha conservado la historia para asociarlos al reconocimiento del mundo futuro, se cita á Alonso de Quintanilla, contador mayor de Isabel; Geraldini, preceptor de los príncipes sus hijos, y Antonio Geraldine, nuncio del papa en la corte de Fernando; finalmente, Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal, hombre de tal crédito que se le llamaba el tercer rey de España.

XVII

El arzobispo de Toledo, asustado al principio de estas novedades geográficas que parecían, equivocadamente, contradecir las nociones sobre el mecanismo celeste contenidas en la Biblia, tranquilizóse luego por la piedad sincera y superior de Colón y cesó de temer una blasfemia en las ideas que engrandecen la obra y la sabiduría de Dios. Seducido

por el sistema, encantado por el hombre obtuvo una audiencia de sus soberanos para su protegido. Colón, después de esperar dos años, compareció á esta audiencia con la modestia de un humilde extranjero, pero con la confianza de un tributario que lleva á sus dueños más de lo que ellos pueden darle. "Pensando "en lo que yo era, escribió él mismo más "tarde, estaba confundido de humildad; "pensando en lo que yo llevaba, me "creía al igual de las testas coronadas; "ya no era yo, era el instrumento de "Dios, escogido y señalado para llevar á "cabo un gran designio.„

XVIII

Fernando oyó á Colón con gravedad, Isabel con entusiasmo. Ella concibió por este enviado de Dios, al primer golpe de vista y á los primeros acentos, una admiración llevada hasta el fanatismo, una atracción semejante á la ternura. La naturaleza había dado á Colón la seducción que encanta los ojos y la elocuencia que persuade el espíritu. Se hubiera dicho que le destinaba á tener por primer

apóstol á una reina, y que la verdad con la cual iba á dotar su siglo, debía ser recibida y germinada en el corazón de una mujer. Isabel fué esta mujer. Su constancia á favor de Colón no se desmintió ni ante los indiferentes de la corte, ni ante sus enemigos, ni ante sus reveses. Creyó en él desde el primer día, fué su prosélito desde el trono, y su amiga hasta la tumba.

Fernando, después de haber oído á Colón, nombró un consejo de examen en Salamanca, bajo la presidencia de Fernando de Talavera, prior del Prado. Este consejo estaba compuesto de los hombres más versados en las ciencias divinas y humanas de los dos reinos. Se reunió en dicha capital literaria de España, en el convento de dominicos, donde Colón recibió también hospitalidad. Los sacerdotes lo decidían todo entonces en España; la civilización estaba en el santuario. Los reyes sólo reinaban sobre sus actos, las ideas pertenecían á los pontífices. La inquisición, policía sacerdotal, vigilaba, alcanzaba, hería, hasta en las mismas gradas del trono, cuanto incurría en la nota de heregía. El rey había agregado á este consejo profesores de astronomía, de geografía, de matemáticas y de todas las ciencias

profesadas en Salamanca. Este auditorio no intimidó á Colón; creía ser juzgado por iguales suyos; y lo fué sólo por sus menospreciadores. La primera vez que compareció á la sala grande del monasterio, los frailes y los pretendidos sabios, convencidos ya de que toda teoría que no estuviera al alcance de su ignorancia ó de su rutina, no podía ser más que el sueño de un alma enferma ú orgullosa, sólo vieron en este obscuro extranjero á un aventurero que buscaba fortuna con sus quimeras. Nadie se dignó escucharle, á excepción de dos ó tres religiosos del convento de San Esteban de Salamanca, obscuros y sin autoridad, que se dedicaban en su celda á estudios despreciados por el clero superior. Los demás examinadores de Colón le confundieron con citas de la Biblia, de los Profetas, de los salmos, del Evangelio y de los padres de la Iglesia que pulverizaban de antemano, con textos indestructibles, la teoría del globo y la existencia quimérica é impía de los antípodas. Lactancio entre otros, se había explicado formalmente sobre este punto en un pasaje que oponían á Colón. "¿Hay "nada más absurdo, había dicho Lac-"tancio, que la creencia de que hay an-"típodas que tienen sus pies opuestos á

"los nuestros, hombres que caminan ca-
"beza abajo y pies arriba; una parte
"del mundo en donde todo está al re-
"vés, en donde los árboles tienen las
"raices al aire y las ramas en el suelo?„
San Agustín había ido más lejos; había calificado de iniquidad la sola fe en los antípodas, "porque, decía él, esto fuera "suponer que hay naciones que no des-
"cienden de Adan, y la Biblia dice que
"todos los hombres descienden de un
"solo y mismo padre.„ Otros doctores tomaban una metáfora poética por un sistema del mundo, y citaban al geógrafo el versículo del salmo en donde se dice que Dios extendió el cielo sobre la tierra como una tienda, de lo cual resulta, según ellos, que la tierra debía ser llana.

En vano Colón contestaba á sus interlocutores con una piedad que no excluía la naturaleza; en vano, siguiéndoles respetuosamente en el terreno teológico, se mostraba más religioso y más ortodoxo que ellos, porque era más inteligente y más entusiasta de la obra de Dios. Su elocuencia, apasionada por la verdad, perdía todos sus rayos y toda su luz en las tinieblas voluntarias de estos espíritus obstinados. Solamente algunos religiosos parecieron conmovidos por la

duda ó vacilantes en su convicción á la voz de Colón. Diego de Deza, de la orden de Santo Domingo, hombre superior á su siglo, que fué más tarde arzobispo de Toledo, osó combatir generosamente las preocupaciones del consejo y prestar su palabra y su autoridad á Colón. Este socorro inesperado no pudo vencer la indiferencia ó la obstinación de los examinadores. Las conferencias se multiplicaron, sin llevar á ningún resultado: languidecieron por fin y cansaron la verdad con retardos que son el último refugio del error. Por fin las interrumpió una nueva guerra de Fernando y de Isabel contra los moros de Granada. Colón, triste, despreciado, despedido, y únicamente sostenido por el favor de Isabel y por la conquista de Diego Deza á su teoría, siguió miserablemente á la corte y el ejército, de campamento en campamento y de ciudad en ciudad, espiando en vano una hora de atención que el tumulto de las armas le impedía obtener. La reina, no obstante, tan fiel al favor secreto que le dispensaba como adversa le era la fortuna, continuaba alentando con buenas esperanzas á este genio desconocido, al cual no dejaba de protejer. En todos los altos que hacía la corte mandaba reservar una casa ó una

tienda para Colón; su tesorero estaba encargado de socorrer al sabio extranjero, no como á huésped importuno que mendiga socorros, sino como á un huésped distinguido que honra al reino y á quien los soberanos quieren conservar á su servicio.

XIX

Así transcurrieron algunos años, durante los cuales el rey de Portugal, el de Inglaterra y el de Francia, que habían sabido por sus embajadores la existencia de este hombre extraordinario que prometía un nuevo mundo á los reyes, mandaron hacer proposiciones á Colón para que entrara á su servicio. El tierno reconocimiento que sentía por Isabel y el amor que profesaba á doña Beatriz Enríquez de Córdaba, ya madre de su segundo hijo Fernando, le hicieron sordo á estos ofrecimientos y le detuvieron en la corte. Reservaba á la joven reina un imperio en pago de su bondad por él. Asistió al sitio y conquista de Granada: vió á Boabdil rendir á Fernando é Isabel las llaves de esta capital y admiró

el palacio de la Alhambra. Formó parte del cortejo de los soberanos españoles á su entrada triunfal en este último asilo del islamismo. Veía más allá de estas murallas y de estos valles de Granada otras conquistas y otras entradas triunfales en más vastas posesiones. Todo le parecía pequeño comparado con sus ideas.

La paz que siguió á esta conquista, en 1492, motivó una segunda reunión de examinadores de sus planes en Sevilla, para dar su parecer á la corona. Este parecer, combatido en vano como en Salamanca por Diego de Deza, fué rechazar los ofrecimientos del aventurero genovés, sino como impíos, á lo menos como quiméricos y comprometidos para la dignidad de la corte de España, que no podía autorizar una empresa basada en tan pueriles fundamentos. Fernando, influido por Isabel, dulcificó la dureza de esta resolución del consejo al comunicarla á Colón. Le hizo esperar que luego que se lograse la posesión tranquila de España por la expulsión total de los moros, la corte favorecería con su dinero y su marina la expedición del descubrimiento y conquista que le ocupaba desde tantos años.

XX

Miéntras esperaba, sin grandes ilusiones, el cumplimiento siempre aplazado de las promesas del rey y de los deseos más sinceros de Isabel, Colón propuso á dos grandes señores españoles, al duque de Medinasidonia y al de Medinaceli, tomar por su cuenta esta empresa, pues que uno y otro poseían puertos y buques en la costa española. Por de pronto sonrieron á estas prespectivas de gloria y de posesiones marítimas para su casa, después las abandonaron por incredulidad ó por indiferencia. La envidia se encarnizaba contra Colón, aun antes de haberla merecido con algún triunfo; le perseguía, como por anticipación y por instinto, hasta en sus esperanzas; le disputaba lo que llamaba sus quimeras. Renunció con lágrimas á estas tentativas. La frialdad de los ministros en escucharle, la obstinación de los frailes en rechazar sus ideas como una impiedad de la ciencia, las vanas promesas y eternos aplazamientos de la corte le llevaron, después de seis años de angustias, á tal desaliento. Renunció definitivamen-

te á toda nueva solicitud cerca de los soberanos de España, y resolvió ir á ofrecer su imperio al rey de Francia, del cual había recibido algunas invitaciones.

Arruinado, abatido, agotada su esperanza y su paciencia, partido el corazón por la necesidad de separarse de doña Beatriz, á quien tanto amaba, partió nuevamente á pié, de Córdoba, sino con la prespectiva del porvenir, á lo menos para ir al encuentro de su fiel amigo el guardian Juan Pérez, del monasterio de la Rábida. Proponíase rocoger á su hijo Diego que había dejado allí, conducirlo á Córdoba y confiralo, antes de partir para Francia, á doña Beatriz, madre de su hijo natural, Fernando. Los dos hermanos educados de esta manera bajo los cuidados y el amor de una misma mujer contraerían el uno hacia el otro esta ternura fraternal, única herencia que tenía para dejarles.

XXI

Corrieron lágrimas de los ojos del guardian Juan Pérez, al ver á su amigo á pie, vestido aun más miserablemente

que la primera vez, llamar á la puerta del monasterio, manifestando suficientemente en la desnudez de sus vestidos y la tristeza de su semblante, la incredulidad de los hombres y la ruina de sus esperanzas. Pero la Providencia ocultaba de nuevo el resorte de la fortuna de Colón en el corazón de la amistad. La fe del pobre fraile en la verdad y en el porvenir de los descubrimientos de su protegido, en vez de abatirlo, le indignó y le obstinó caritativamente contra sus desgracias. Abrazó á su huésped, gimió y lloró con él; pero recobrando luego toda su energía y toda su autoridad, envió á buscar á palacio el médico de Fernando, antiguo confidente de los misterios de Colón, á Antonio Pinzón, rico navegante de este puerto, y á Sebastián Rodríguez, piloto consumado de Lipi. Las ideas de Colón, desarrolladas nuevamente ante este consejo de amigos, fanatizaron al auditorio. Suplicósele que se quedara, que probara otra vez fortuna, que conservara para España, aunque incrédula é ingrata, la gloria de una empresa única en la historia. Pinzón prometió contribuir con sus riquezas y sus buques al armamento de la flotilla inmortal, luego que el gobierno consintiera en autorizarla. Juan Pérez escribió,

no al confesor de la reina, sino á la reina misma interesando su conciencia al par que su gloria á una empresa que arrojaría naciones enteras de la idolatría á la fe. Hizo hablar la tierra y el cielo, encontró la persuación y el calor en la pasión de la grandeza de su patria y en la amistad. Colón, desalentado, rehusó llevar esta carta á una corte cuya lentitud é inatención había experimentado; entónces el pitoto Rodríguez se encargó de llevarla personalmente á Granada, en donde la corte residía. Partió acompañado de los votos y de las oraciones del convento y de los amigos de Colón. El día décimo cuarto de su partida, viósele llegar triunfante al monasterio. La reina había leído la carta de Juan Pérez, y á su lectura se habían despertado todas las prevenciones favorables por el genovés. Llamó inmediatamente á la corte al venerable guardián, y mandó decir á Colón que aguardara en el convento de la Rábida la vuelta del sacerdote y la resolución del consejo.

Juan Pérez, loco de alegría por la dicha de su amigo, mandó ensillar la mula sin perder momento, y se puso en camino aquella misma noche, solo, á través de países infestados por los moros. Sentía que el cielo protegía en él el gran de-

signio que tenía depositado en su amigo. Llegó: las puertas de palacio se abrieron al oir su nombre; vió á la reina; encendió nuevamente en ella, con el ardor de su propia convicción, la fe y el celo que por sí sola había concebido hacia esta grande obra. La marquesa de Maya, favorita de Isabel, se apasionó por entusiasmo y por piedad del protegido del santo religioso. Estos dos corazones femeninos inflamados por la elocuencia de un sacerdote ensalzando los proyectos de un aventurero, triunfaron de las resistencias de la corte. Isabel envió á Colón una suma de dinero sacada de su tesoro particular para que comprara una mula y vestidos, y pasara inmediatamente á la corte. Juan Pérez, permaneciendo al lado de ella para sostener á su amigo con su diligencia y su crédito, mandó estas felices nuevas y estos socorros de dinero á la Rábida por medio de un mensajero, que entregó la carta y la suma al médico Fernández de Palos á fin de que los hiciera á manos de Colón.

XXII

Colón compró una mula, tomó un criado y se fué á Granada, en donde se le admitió á exponer sus planes y sus condiciones á los ministros de Fernando. "Se veía entónces, escribe un testigo "ocular, á un hombre obscuro y desconocido, seguir la corte, confundido por "los consejeros de las dos coronas con "la multitud de solicitadores importunos, "repasando en su imaginación, en el rincón de las antecámaras, el pomposo "proyecto de descubrir un mundo; grave, melancólico y abatido en medio de "la alegría pública, parecía mirar con "indiferencia la terminación de esta conquista de Granada, que llenaba de orgullo á un pueblo y dos cortes: este "hombre era Cristobal Colón.„

Esta vez los obstáculos nacieron de Colón. Seguro del continente que ofrecía á España, quería por respeto de la grandeza del mismo donativo que iba á hacer al mundo y á sus soberanos, estipular para él y sus descendientes, condiciones dignas no de él, sino de su obra. ¡S le hubiese faltado un legítimo orgullo hubiera creído no tener fe en Dios, ni

dignidad en su misión. Pobre, solo y despedido, trataba como soberano de las posesiones que sólo veía en su pensamiento. "Un mendigo, decía Fernán-"dez de Talavera, jefe del consejo, im-"pone condiciones de rey á los reyes.„ Exigía el título y privilegios de almirante, el poder y los honores de virey de todas las tierras que agregaría con sus descubrimientos á España, el diezmo perpetuamente, para él y para sus descendientes, de todos los productos de estas posesiones. "Singulares exigencias "de un aventurero, exclamaban sus ad-"versarios en el consejo, que le dan an-"ticipadamente el mando de una flota y "la posesión de un vireinato sin límites "si realiza su empresa y que á nada le "obligan si fracasa, pues que en su mi-"seria actual no tiene que perder.„

Por de pronto estas exigencias causaron admiración, después indignación, y se le ofrecieron condiciones menos onerosas para la corona. Desde el fondo de su indigencia y de su insignificancia lo rehusó todo. Cansado, pero no vencido por diez y ocho años de pruebas, desde el día que concibió su idea y la ofreció á las potencias de la tierra, se hubiera avergonzado de rebajar lo más mínimo el precio del don que Dios le había

hecho. Se retiró respectuosamente de las conferencias con los comisionados de Fernando, y montando solo y pobre la mula que le regaló la reina, tomó otra vez el camino de Córdoba para dirigirse de allí á Francia.

XXIII

Isabel, al saber la ida de su protegido, tuvo como un presentimiento de las grandes cosas que se alejaban para siempre de ella con este hombre predestinado. Se indignó contra sus comisionados que regateaban á Dios el precio de un imperio, y sobre todo el precio de millones de almas dejadas por culpa suya en la idolatría. La marquesa de Maya y el contador mayor de Isabel, Quintanilla, participaron de sus remordimientos y los animaron. El rey, más frío y más calculador, vacilaba; los gastos de la empresa en la penuria que estaba el tesoro le contenían. "Pues bien, "exclamó Isabel en un rapto de generoso "entusiasmo, ¡me encargo yo sola de la "empresa por mi corona personal de "Castilla! ¡Empeñaré mis joyas y mis

"diamantes para atender á los gastos de "armamento.„

Este arranque de corazón de una mujer triunfó de la economía del rey y, por un cálculo más sublime, adquirió incalculables tesoros de riquezas y de provincias para estas dos monarquías. El desinterés inspirado por el entusiasmo es la verdadera economía de las grandes almas y la verdadera sabiduría de los grandes políticos.

Fuése en busca del fugitivo; el mensajero que la reina le enviaba para llamarlo lo encontró á algunas leguas de Granada, en el puente de Pinos, desfiladero famoso entre dos rocas donde los moros y los cristianos habían confundido varias veces su sangre en las aguas del torrente que separaba las dos razas. Colón, enternecido, fué á arrojarse á los piés de Isabel, la cual obtuvo con sus lágrimas del rey Fernando, la ratificación de las condiciones exigidas por Colón. Sirviendo la causa abandonada de este grande hombre, creía servir la causa del mismo Dios, ignorada de esta parte del género humano que iba á conquistar para la fé. En las adquisiciones que su favorito iba á hacer para su imperio veía el reino celestial; Fernando veía en ello su reino terrenal. Soldado de la

cristiandad en España y vencedor de los moros, cuantos añadía á la fé de Roma eran otros tantos súbditos del papa; los millones de hombres que iba á traer al cristianismo con los descubrimientos de este aventurero le eran dados anticipadamente en plena posesión por las bulas de la corte de Roma. Cuantos no eran cristianos, á sus ojos, eran esclavos de derecho; cualquier parte del mundo que no llevara el sello de Jesucristo no llevaba el del hombre. Roma se la daba en nombre de su soberanía espiritual en la tierra y en el cielo, y Fernando era bastante crédulo y al propio tiempo bastante político para aceptarlo.

El tratado entre Fernando é Isabel y este pobre aventurero genovés, llegado á pié algunos años antes á su capital, sin más asilo que la hospitalidad en la puerta de un monasterio, fué firmado en el campo de Granada, el 17 de Abril de 1492. Isabel tomó por cuenta de su solo reino de Castilla todos los gastos de la expedición (1). Era justo que la primera que había creido fuera la que más arriesgara en la empresa; era justo también que la gloria y el reconocimiento del éxito se

(1) Parece que existe algún documento probando que Fernando contribuyó á pagar los gastos de la expedición.—N. del T.

hallaran antes á su nombre que á otro. Se designó á Colón el pequeño puerto de Palos, en Andalucía, para centro de organización de la expedición y para punto de partida de su escuadra. El pensamiento concebido en el monasterio de la Rábida, vecino de Palos, por Juan Pérez y sus amigos en su primer encuentro con Colón, volvía al punto de donde había salido. El guardián de este monasterio iba á presidir la organización de la flota y á presenciar como se desplegaba al viento en busca de aquel mundo desconocido que había visto con Colón con la mirada del génio y de la fé.

XXIV

Obstáculos numerosos é imprevistos, en apariencia invencibles, se opusieron de nuevo á los favores de Isabel y al cumplimiento de las promesas de Fernando. El dinero faltaba en el tesoro real; los buques empleados en expediciones más urgentes se alejaban de las costas de España; los marineros alistados para una travesía tan larga y tan misteriosa se negaron ó desertaron á medida que se les iba reclutando.

Las poblaciones del litoral, obligadas por órden de la corte á aprontar los buques, vacilaban en obedecer, y los desarmaron por creer generalmente que iban á una pérdida segura. La incredulidad, el terror, la envidia, la burla, la avaricia, la misma rebelión, rompieron mil veces en las manos de Colón y de los agentes de la corte los medios materiales de ejecución que el favor de Isabel les había proporcionado. Parecía que un génio fatal, obstinado á luchar contra el génio de la unidad de la tierra, tendía á separar para siempre estos dos mundos que sólo el pensamiento de un hombre quería unir.

Colón lo presidía todo desde el fondo del monasterio de la Rábida, en donde su amigo, el guardián Juan Pérez, le había dado nuevamente hospitalidad. Sin la intervención y la influencia de este pobre religioso, la expedición mandada fracasaba definitivamente otra vez. El sacerdote recurrió á sus amigos de Palos, que fiaron en su fé, en sus ruegos y en sus consejos. Tres hermanos, ricos navegantes de Palos, los Pinzón, se sintieron por fin penetrados por la convicción y la esperanza que inspiraba el amigo de Colón. Creyeron oir la voz de Dios en la de este anciano solitario. Asociáronse

expontáneamente á la empresa: proporcionaron el dinero, equiparon tres buques llamados entónces *carabelas*, contrataron marineros de los puertos de Palos y de Moguer y, para dar á un mismo tiempo el impulso y el ejemplo á su confianza, dos de los tres hermanos, Martín Alonso Pinzón y Vicente Pinzón, resolvieron embarcarse y encargarse ellos mismos del mando de los buques. Gracias á este generoso auxilio de los Pinzón, tres buques, ó mejor tres barcas, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* estuvieron en estado de hacerse á la vela el viernes 3 de Agosto de 1492.

XXV

Al apuntar el día, Colón, acompañado hasta la playa por el guardián y los religiosos del convento de la Rábida, que bendijeron el mar y los buques, abrazó á su hijo que dejaba á los cuidados de Fray Juan Pérez, y se embarcó en el mayor de los tres buques, la *Santa María*. Arboló el pabellón de almirante de un Océano ignorado y de tierras desconocidas. El pueblo de los dos puertos y

de la costa se agrupaba numeroso en la playa para asistir á la partida de esta expedición que las preocupaciones populares creían no debía volver. Era aquel un cortejo de luto más bien que un saludo de feliz travesía; había en la multitud más tristeza que esperanza, más lágrimas que aclamaciones. Las madres, las esposas, las hermanas de los marineros maldecían en voz baja á ese funesto extranjero que había seducido con sus palabras fascinadoras el espíritu de la reina y que exponía tantas vidas bajo la sola responsabilidad de sus sueños. Colón, como todos los hombres que arrastran á un pueblo más allá de sus preocupaciones, seguido á disgusto, entraba en lo desconocido al rumor de las maldiciones y de los murmullos. Esta es la ley de las cosas humanas. Todo lo que se adelanta á la humanidad, aunque sea para conquistarle una idea, una verdad ó un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el Océano, tiene una tendencia al movimiento y un peso natural para la inmovilidad: de estas dos tendencias contrarias nace el equilibrio de su naturaleza: ¡desgraciado del que lo rompe!

SEGUNDA PARTE

I

El aspecto de esta flotilla, apenas comparable á una expedición de pesca ó de comercio de cabotaje, era muy á propósito para contrastar, á la vista y en el alma del pueblo, con la magnitud de los peligros que iba tan temerariamente á desafiar. De los tres buques de Colón, solamente tenía puente el que él montaba: era un estrecho y fragil buque mercantil viejo ya y estropeado por las olas. Los otros dos no tenían puente, y una ola hubiera bastado para tragarlos; pero la popa y la proa, muy elevadas sobre el agua, como las galeras antiguas, tenían dos medios puentes, cuyo hueco servía de asilo á los marineros los dias de temporal é impedía que el peso de las olas que entraran hiciera zozobrar la carabela. Estas barcas llevaban dos mástiles, uno al centro y

otro á popa. El primero de estos mástiles sostenía una gran vela cuadrada; el segundo, una vela latina triangular; en las calmas se colocaban en el bordaje del medio de la carabela largos remos, rara y difícilmente empleados, que podían en caso de necesidad imprimir un lento impulso al buque. En estas tres barcas desiguales en capacidad colocó Colón los ciento veinte hombres que componían todas sus tripulaciones. Solamente él iba con semblante sereno, con mirada segura y corazón firme. Sus congeturas habían tomado en su espíritu, desde diez y ocho años, el carácter de cosas reales. A pesar de haber recorrido ya la mitad de la carrera de su vida, pues que entraba en sus cincuenta y siete años, miraba como cosa insignificante los años transcurridos: á sus ojos, toda su vida estaba en el porvenir; sentía en sí la juventud de la esperanza y el porvenir de la inmortalidad. Como para tomar posesión de esos mundos hacia donde dirigía el rumbo, escribió y publicó, al entrar en su buque, una narración solemne de todas las fases que su espíritu y su fortuna habían recorrido hasta aquel momento para concebir y ejecutar su plan; añadióle la enumeración de todos los títulos, de todos los honores, de todos los mandos de los cuales acababa

de ser investido por sus soberanos relativos á sus futuras posesiones, é invocó á Jesucristo y á los hombres para protección de su fé y testimonio de su constancia. "Y por esto—dice al terminar esta proclama al antiguo y al nuevo mundo—me condeno á no dormir durante esta navegación y el cumplimiento de tales cosas.„

II

Una brisa favorable que soplaba de Europa le empujó dulcemente hacia las islas Canarias, última escala de los navegantes del Océano. Al paso que daba gracias á Dios por estos augurios que contribuían á tranquilizar sus tripulaciones, hubiera preferido que un viento tempestuoso le llevara velozmente fuera de los sitios conocidos y frecuentados por los buques. Temía con razón que la vista de las costas apartadas de España atrajera, por los invencibles atractivos de la patria, los ojos y el corazón de los marineros indecisos y tímidos que vacilaban aun al embarcarse. En las grandes empresas es preciso no dar á los hombres

tiempo para reflexionar y ocasión para arrepentirse. Colón lo sabía; estaba afanoso para traspasar los límites de las aguas conocidas, y por tener él sólo la posibilidad de volver atrás en el secreto del camino, de sus cartas y de su brújula. Su impaciencia por perder de vista las costas del antiguo continente era muy fundada. Uno de sus buques, la *Pinta*, cuyo timón se había roto y que hacía agua en la cala le obligó á dirigirse, á pesar suyo, á las islas Canarias á fin de cambiar esta embarcación con otra. En sus puertos perdió cerca de tres semanas, sin poder encontrar en ellos un buque propio para aquella larga travesía. Vióse, pues, obligado á hacer simplemente recomponer la *Pinta* y á dar nuevo velamen á la *Niña*, barca pesada y perezosa que retardaba su marcha, y renovó sus provisiones de agua y víveres. Aquellos buques tan poco capaces limitaban las provisiones para tanta gente á un número de días contados.

Habiendo salido de las Canarias, el aspecto del volcán de Tenerife, cuya erupción inflamaba el cielo y reverberaba en las aguas, introdujo el terror en el alma de los marineros. Creyeron ver en aquello la espada radiante del angel que arrojó el primer hombre del Edén,

vedando á los hijos de Adan la entrada en los mares y las tierras prohibidas. El almirante pasó de buque en buque á disipar este pánico popular, y explicó científicamente á aquellos hombres ignorantes las leyes físicas de este fenómeno. Pero la desaparición del pico de Tenerife, cuando se ocultó en el horizonte, les inspiró tanta tristeza como miedo les había infundido su cráter. Era para ellos el último límite, el último faro del antiguo universo. Al perder de vista la tierra, creyeron hasta haber perdido los jalones de su camino á través de un inconmensurable espacio. Se sintieron como desprendidos de la tierra y navegando en el éter de otro planeta. Una postración general se apoderó del espíritu y del cuerpo de todos; eran como espectros que han perdido hasta su tumba. El almirante los reunió de nuevo á su alrededor, les animó con energía, y abandonándose, como el poeta de lo desconocido, á la inspiración elocuente de sus esperanzas. les describió como si ya las hubiese frecuentado, las tierras, las islas, los mares, los reinos, las riquezas, las vegetaciones, los soles, las minas de oro, las playas sembradas de perlas, las montañas resplandecientes de piedras preciosas, las llanuras embalsamadas por las especies que

se criaban ya para él al otro lado de este espacio, cuyas olas empujaban sus buques hacia aquellas maravillas y felicidades. Estas imágenes pintadas con los ricos colores de la opulenta imaginación de su jefe, embriagaron aquellos corazones abatidos; las brisas soplaban constante y dulcemente del Este y parecía que secundaban la impaciencia de los marineros. Solamente la distancia podía ya asustarles. Colón, para ocultarles parte del espacio al través del cual les arrastraba, sustraía diariamente de su cálculo de leguas marinas una parte de la distancia recorrida, y engañaba de esta manera la imaginación de los marineros y de los pilotos haciendo que ignorasen la mitad del camino andado. Notaba secretamente para él solo las verdaderas cifras, á fin de conocer, solo también, el número de correderas que había andado y los jalones del camino que quería ocultar á sus acompañantes. Las tripulaciones, en efecto, ilusionadas por el soplo igual del viento y por la apacible oscilación de las olas, se figuraban flotar lentamente en los últimos mares de Europa.

III

Al llegar á doscientas leguas de Tenerife, hubiera querido ocultarles igualmente un fenómeno que desconcertaba su propia ciencia. Este era la variación de la aguja magnética, último y según él infalible guía, que le hacía vacilar en los límites de un hemisferio no frecuentado. Alimentó sólo en sí mismo, durante algunos días, esta duda terrible; pero sus pilotos, atentos como él á la vitácora, se apercibieron bien pronto de estas variaciones. Partícipes de la misma sorpresa, pero menos firmes que su jefe en la inalterable resolución de desafiar todo obstáculo, creyeron que los elementos se perturbaban ó cambiaban de ley al borde del espacio infinito. El vértigo que suponían en la naturaleza pasó á su alma. Se comunicaron palideciendo sus dudas, y abandonaron los buques al azar de las olas y de los vientos, únicos guías que les quedaban. Su desaliento consternó á todos los marineros. Colón que procuraba en vano explicarse un misterio cuya razón busca aun la ciencia moderna, recu-

rrió á esta poderosa imaginación, brújula íntima con la cual el cielo le había dotado. Inventó una explicación falsa, pero especiosa para los espíritus sin cultura, de las variaciones de la aguja magnética. La atribuyó á la influencia de nuevos astros que circulaban en rededor del polo, cuya aguja atraída seguía los movimientos alternativos en el firmamento. Esta explicación, conforme á los principios astrológicos del tiempo, satisfizo á los pilotos, y su credulidad volvió la fe á los marineros. La vista de una garza real y de una ave del trópico, que fueron el día siguiente volando alrededor de los mástiles de la flotilla, obró sobre sus sentidos lo que la explicación del almirante había obrado sobre su pensamiento. Estos dos habitantes de la tierra no podían vivir sobre un océano sin árboles, sin yerbas y sin aguas. Les aparecieron dos testigos que iban á certificar, antes del testimonio ocular, las meditaciones de Colón. Navegaron con más seguridad en la fe de un pájaro. La temperatura suave, igual y serena de esta parte del Océano, la limpidez del cielo, la transparencia de las olas, los juegos de los delfines alrededor de la proa, la tibieza del aire, los perfumes que las oleadas traían de lejos y que pa-

recían transpirar espumeando, los resplandores más vivos de las constelaciones y de las estrellas en la noche, todo parecía, en estas latitudes, penetrar los sentidos de serenidad y las almas de convicción. Se respiraban los presagios del mundo todavía invisible. Se recordaban los días resplandecientes, los astros amigos, las tinieblas todavía luminosas de las primaveras de Andalucía. "Nada faltaba allí, escribe Colón, más "que el ruiseñor.„

IV

El mar también empezaba á arrastrar sus presagios. Plantas desconocidas flotaban á menudo sobre las olas. Las unas, dicen los historiadores de este primer viaje, eran plantas marítimas que no crecen más que en escollos vecinos á las costas; las otras, plantas que las olas sólo arrancan á las rocas; las otras, plantas fluviales; algunas recientemente despegadas de las raíces, conservaban el verdor de su sávia; una de ellas traía una langosta viva, navegador embarcado sobre una mazorca de yerba. Estas plantas y estos

seres vivientes no podían haber pasado muchos días sobre el agua sin marchitarse y sin morir. Un pájaro de la especie de aquellos que no se posan sobre las olas, y que no duermen jamás sobre el agua, atravesó el espacio. ¿De dónde venía? ¿A dónde iba? ¿El lugar destinado á su sueño podía estar lejano? Más lejos, el Océano cambiaba de temperatura y de color, indicios de fondos variados. En otra parte se parecía á inmensas praderas marinas cuyas olas de yerbas hendidas por la proa impedían la marcha del buque; mañana y tarde, brumas lejanas, semejantes á las que se extienden en las cimas del globo, daban al horizonte las formas de playas y de montañas. El grito de tierra estaba al borde de todos los labios. Colón no quería confirmar ni matar demasiado estas esperanzas que servían para sus designios reanimando á sus compañeros. Pero él no se creía más que á trescientas leguas de Tenerife, y en sus conjeturas no debía encontrar la tierra que buscaba hasta siete ú ochocientas leguas más lejos.

V

No obstante guardó para sí sus conjeturas, por no tener amigos entre sus compañeros cuyo corazón fuese bastante firme para igualar su constancia y bastante seguro para contener sus secretas aprehensiones. No tuvo en todo este largo viaje, conversación más que con sus propios pensamientos, con los astros y con Dios de quien se sintió ser el confidente. Casi sin dormir, como lo había dicho en su proclama de adios al antiguo mundo, pasaba los días, en su cámara de popa, notando en caractéres inteligibles para él sólo los grados, las latitudes, los espacios que creía haber atravesado; pasaba las noches sobre el puente junto á sus pilotos, estudiando los astros y observando el mar. Casi siempre sólo como Moisés conduciendo el pueblo de Dios á su desierto, imprimía en sus compañeros por su gravedad pensativa, ya respeto, ya desconfianza, ya un terror que les alejaba de él; aislamiento ó separación esta que se nota casi siempre en rededor de los hombres superiores á sus semejantes en

ideas y resolución, sea porque sus genios inspirados tengan necesidad de más soledad y recogimiento para hablar con ellos mismos, sea que los hombres inferiores á los cuales intimidan, no quieran acercárseles demasiado por miedo de medirse con ellos, colosos de la naturaleza, y sentir su pequeñez ante estas grandezas morales de la creación.

VI

La tierra tan á menudo indicada no se mostraba, sin embargo, más que en la ilusión de los marineros; la venida del día disipaba delante de las proas de los buques los horizontes fantásticos que la bruma de la tarde les había hecho tomar por costas. Iban sumergidos todavía en un abismo sin límite y sin fondo. La regularidad y la constancia misma del viento de Este que les secundaba sin que hubiesen de cambiar una sola vez sus buques después de tantos días, era para ellos un motivo de turbación. Empezaron á figurarse que este viento reinaba eternamente en esta región del grande Océano, cintura del globo, y que des-

pués de haberles hecho bajar con tanta facilidad hácia el Oeste sería un insuperable obstáculo á su vuelta. ¿Cómo volverían á subir jamás esta corriente de vientos de otra manera que bordeando en estos espacios? Y si se veían obligados á bordear tan sin fin para encontrar las costas del antiguo mundo, ¿cómo bastarían para su regreso sus provisiones de agua y de víveres ya medio consumidas para tantos meses de navegación? ¿Qué les salvaría de la horrible perspectiva de morir de hambre y de sed en esta larga lucha con esos vientos que les alejaban de sus puertos? Empezaron muchos á calcular el número de días, de raciones desiguales á estos días, á murmurar contra una obstinación siempre engañada de su jefe, y á reprocharse en voz baja una perseverancia y una adhesión que sacrificaba las vidas de ciento veinte hombres á la demencia de uno solo.

Pero cada vez que el murmullo iba aumentando hasta la sedición, la Providencia parecía enviarles presagios más convincentes y más inesperados para hacer renacer sus esperanzas. Así es que el 20 de Septiembre, esos vientos favorables, pero alarmantes por su fijeza, cambiaron pasando al Sud-oeste. Los marineros saludaron este cambio, aunque contrario á

su camino, como un signo de vida y de movilidad en los elementos que les hacia reconocer una palpitación del aire en sus velas. Durante el día, pequeñas aves de las razas más débiles, de las que se anidan en los arbustos y en los vergeles domésticos, revoletearon gorgeando gozosamente en rededor de los mástiles. Sus alas débiles y sus gorgeos alegres, no indicaban en ellos ningún síntoma de cansancio ó espanto como los vuelos de las aves que hubiesen sido impelidos á pesar suyo muy léjos en el mar por una rafaga de viento. Sus cantos, semejantes á los que los marineros oían alrededor de sus alamedas, en los mirtos y en los bosques de naranjos de Andalucía, les recordaban la pátria y les invitaban á las próximas costas. Reconocieron á los gorriones que habitan siempre los techos de los edificios. Las yerbas más espesas y más verdes sobre la superficie de las olas imitaban praderas y campos. Antes que la tierra encontraron la vegetación debajo de las aguas, lo que llenó de gozo á los marineros cansados del eterno azul de las olas; pero se hicieron pronto tan espesas, que temieron enredar en ellas su timón y su quilla, y quedar cautivos en estos juncos del Océano como los buques de la mar del norte. Así es que cada alegría

se convertía al momento en alarma: tanto es el terror que infunde en el corazón humano lo desconocido. Colón, como un guía que buscaba su camino á través de estos misterios del Océano, se veía obligado á aparentar que comprendía lo mismo que le admiraba, y á inventar una explicación por cada una de aquellas cosas que pasmaban á sus marineros.

VII

Las calmas de la línea les sumergieron en la consternación. ¿Si todo, hasta los vientos, moría en estos sitios, qué hincharía sus velas y daría movimiento á sus buques? De repente el mar se ensoberbeció sin viento: creyeron sentir convulsiones subterráneas. Una inmensa ballena se presentó dormida en la superficie de las aguas; imagináronse ver monstruos devorando las naves. La ondulación de las olas les condujo sobre corrientes que no podían vencer por falta de viento: figuráronse que se aproximaban á las cataratas del mar y que iban á ser arrastrados en los abismos y en los depósitos en donde el diluvio había estancado sus

mundos de agua. Se agruparon, asombrados é irritados, al pié de los mástiles: comunicáronse en voz alta sus murmullos, hablando de obligar á los pilotos á virar de bordo y á arrojar el almirante al mar, como un insensato que no dejaba elección á sus compañeros entre el suicidio ó la muerte. Colón, á quien las miradas y los murmullos revelaban estas conspiraciones les desafiaba con su actitud ó les desconcertaba con su confianza.

La naturaleza vino á su socorro haciendo soplar de nuevo los vientos frescos del Este y allanando el mar debajo de sus proas. Antes de espirar el día, Alonso Pinzón, que mandaba la *Pinta*, y que navegaba bastante cerca del almirante para poder conversar con él desde bordo, arrojó el primer grito de *¡Tierra!* desde lo alto de su popa. Todas las tripulaciones, repitieron este grito de salvación, de vida y de triunfo, se arrodillaron sobre los puentes entonando el himno de *¡Gloria á Dios en el cielo y en la tierra!*

Esta canto religioso, el primer himno subido al Criador desde el seno de este joven Océano, se alejó lentamente por encima de las olas. Cuando hubo cesado, todos subieron á los mástiles, á las gávias, á las jarcias más elevadas de los

buques, para tomar posesión por sus propios ojos de las costas descubiertas al Sud-oeste, por Pinzón. Solamente Colón dudaba: pero quería creer sólo por no contradecir el delirio de sus compañeros. Aunque no buscaba esta tierra sino en el Oeste, dejóse conducir al Sud durante toda la noche, prefiriendo perder un poco de su camino por complecer á sus compañeros, que perder la popularidad pasajera debida á su ilusión. Muy pronto la disipó la salida del sol. La tierra imaginaria de Pinzón se desvaneció con la bruma de la noche. El almirante volvió á tomar el camino de sus pensamientos hácia el Oeste.

VIII

El Océano había de nuevo allanado su superficie: el sol sin nubes y sin límites se reflejaba en él como en un segundo cielo. Las olas acariciadoras coronaban la proa con lijeras espumas. Los delfines ya más numerosos saltaban en la estela; todo el mar parecía habitado; los peces se lanzaban volando y caían sobre los puentes de los buques. Se hubiera dicho

que toda la naturaleza se concertaba con Colón para arrastrar por medio de una esperanza renaciente á sus marineros que viviendo en ella olvidaban los dias trancurridos. El día 1.° de Octubre creían no haberse apartado más que seiscientas leguas de los sitios frecuentados por los navegantes; no obstante el diario secreto del almirante patentizaba que eran más de ochocientas.—Aun que las señales de la proximidad de la tierra se multiplicaban á su alrededor, esta no aparecía en ningún horizonte; por lo que el terror se apoderó de nuevo del alma de las tripulaciones. El mismo Colón bajo su calma aparente se turbó con alguna duda; temió haber pasado sin advertirlo por entre las islas de un archipiélago, creyó que dejaba detrás de él el extremo del Asia que buscaba, y le asaltó el temor de extraviarse en algún tercer Océano.

La más ligera de sus barcas, la *Niña*, que navegaba de vanguardia, el 7 de Octubre, por fin, izó su pabellón de descubierta, y disparó un cañonazo de alegría para anunciar la costa á los otros dos buques. Al acercarse, reconocieron que la *Niña* habia sido engañada por una nube; el viento, al llevársela en los aires, se había llevado también su alegría, que cam-

bió en consternación. Nada fatiga tanto el corazón de los hombres como estas alternativas de falsas alegrías y de decepciones amargas: estos son los sarcasmos de la fortuna. Las quejas contra el almirante aparecieron de nuevo en todos los semblantes. No era solamente sus fatigas y sus divisiones lo que aquella gente imputaba á su guía, sino también sus vidas sacrificadas sin esperanza, pues que les iban á faltar el pan y el agua.

Colón, desconcertado por la inmensidad de este espacio, á cuyos límites había creido ya llegar, abandonó su camino ideal trazado en su carta y siguió dos días y dos noches el vuelo de los pájaros, pilotos celestiales que parecía le enviaba la Providencia en el momento en que desfallecía en él la ciencia humana. El instinto de estas aves, se decía, no las dirigiría á todas hácia ese punto del horizonte sino vieran en él una costa; pero á los ojos de los marineros, estas mismas aves estaban de acuerdo con el desierto del Océano y con los astros engañosos para jugar con sus buques y con sus vidas. Al espirar el tercer día, los pilotos, subidos en los puentes á la hora en que el sol descubre al bajarse la mayor extensión del horizonte, le vieron hundirse en las mismas aguas de donde salía

en vano después de tantas auroras. Entonces creyeron en lo infinito de las aguas: la desesperación que les abatía se cambió en furor sordo. ¿Qué consideraciones debian guardar ya á un jefe que había engañado á la corte, y cuyos título y autoridad, sorprendidos á la confianza de sus soberanos, iban á perecer con sus ilusiones? ¿Seguirle hasta más lejos, no sería asociarse á su crimen? ¿No acababa la obediencia en donde acababa el mundo? ¿Si acaso quedaba una esperanza, no era esta la de volver proas hácia Europa, luchar bordeando contra esos vientos cómplices del almirante, y encadenarlo á él mismo al mástil de su buque para que fuera objeto de la maldición de los moribundos, si era preciso morir, ó para entregarlo á la venganza de España, si el cielo les permitia jamás volver á ver sus puertos?

Estos murmullos se convirtieron en clamores. El intrépido almirante los contuvo con la impasibilidad de su rostro. Invocó contra aquellos sediciosos la autoridad de que le habían investido sus soberanos, autoridad sagrada para los súbditos fieles. Invocó al mismo cielo, juez en aquél momento entre ellos y él, tuvo firmeza, ofreció su vida en garantía de sus promesas; y pidió á los revoltosos solamente

un nuevo y corto plazo de tres días, después de los cuales serían dueños de volverse atrás. Hizo juramento, juramento temerario pero político, de que si dentro del tercer día la tierra no se hacía visible en el horizonte, accedería á sus instancias y les volvería á Europa. Las señales reveladoras de la proximidad de islas ó de continentes eran tan visibles á los ojos del almirante, que al mendigar estos tres días á sus tripulaciones amotinadas estaba cierto de conducirles al fin de su viaje. En verdad que tentaba á Dios poniendo un término á su revelación, pero tenía que contemporizar con los hombres. Estos hombres concedieron de mala gana los tres días, y Dios que le inspiraba no le castigó por haber confiado demasiado en él.

IX

Al salir el sol del segundo día, dos juncos recientemente arrancados aparecieron á los costados de sus buques. Una tabla trabajada con el hacha, un bastón artísticamente cincelado con el auxilio de un instrumento cortante, una rama de

hojiacanta en flor, en fin, un nido de pájaros suspendido a una rama rota por el viento, lleno de huevos que la madre empollaba aún al dulce vaiven de las olas, flotaron sucesivamente encima de las aguas. Los marineros recogieron á bordo estos testimonios escritos, parlautes ó vivientes de una tierra vecina. Eran la voz de la costa que confirmaba la de Colón. Antes de contemplar la tierra con los ojos del cuerpo, se la adivinaba por estos indicios de vida. Los sediciosos cayeron de rodillas delante del almirante ultrajado el día anterior; imploraron el perdón de su desconfianza, y entonaron el himno de reconocimiento al Dios que les había asociado á su triunfo.

Vino la noche á sorprender estos cantos de la iglesia que saludaban un mundo nuevo. El almirante mandó cargar las velas, sondear desde la proa de los buques, navegar con lentitud temiendo los bajíos y los escollos, convencido de que la primera luz del crepúsculo alumbraría la tierra debajo de sus proas. Nadie durmió durante aquella noche suprema. La impaciencia del espíritu había alejado de los ojos toda necesidad de sueño; los pilotos y los marineros, suspendidos en los mástiles, en las vergas y en los cordajes, rivalizaban entre sí de atención para lan-

zar la primera mirada sobre el nuevo hemisferio. El almirante había prometido un premio al primero que lanzase el grito de ¡Tierra! Mas la Providencia reservaba á Colón mismo esta mirada que había comprado con veinte años de su vida y con tantos riesgos y constancia. Como se paseara solo en la cubierta de su nave, á la media noche y cuando tenía sus ojos fijos en la obscuridad de las tinieblas, vió una luz que se encendía, se apagaba, y cruzaba y volvía á desaparecer sobre el nivel de las ondas. Sospechando que se equivocaba y que aquello podía ser una ilusión ó una fosforencia del mar, llamó en voz baja á un caballero español de la corte de Isabel, llamado Gutiérrez, en el cual tenía más fe que en sus pilotos, le indicó el punto del horizonte donde había visto la luz y le preguntó si él, á su vez, la percibía. Gutiérrez le contestó que efectivamente veía brillar en aquella dirección una luz movible y fugitiva. Colón para afirmarse más en lo que había visto, llamó á Rodrigo Sánchez de Segovia, otro de sus confidentes; Sánchez, del mismo modo que Gutiérrez, dijo que se veía una luz al horizonte. Mas no bien esta aparecía cuando inmediatamente se eclipsaba. Luego volvía á brillar en una emersión alternativa del

Océano, ya porque fuese la llama de un hogar ardiendo en una playa baja y descubierta y sucesivamente ocultada por el movible horizonte del mar, ya fuese el fanal ondulante de alguna canoa pescadora que se elevaba sobre la cresta de las olas ó se abismaba entre sus pliegues. Así la tierra y la vida aparecieron de un sólo golpe á Colón y á sus dos confidentes en la la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492. Recomendando el silencio á Sánchez y á Gutietiérrez, Colón no participó á nadie su descubrimiento temiendo dar una falsa alegría y una amarga decepción á sus hombres. Perdió de vista aquella luz y veló hasta las dos de la madrugada, rogando, esperando y desesperando sobre el puente ansioso porque brillaran los primeros albores del día que debía darle el triunfo ó en que volvería á regresar á Europa.

X

Sumergido estaba en esta angustia que precede al nacimiento de las grandes verdades, como la agonía que precede á la gran libertad del espíritu por la muer-

te, cuando un cañonazo, retumbando sobre el Océano á algunos centenares de brazas delante de él, estalló en sus oídos como el ruído de un mundo, y le hizo extremecerse y caer de rodillas en el puente. Era el grito de ¡Tierra! arrojado por el bronce, señal convenida con la *Pinta*, que navegaba á la cabeza de la flotilla para iluminar el camino y sondar el mar. A este ruído, un grito general de *¡tierra!* estalló en todas las vergas y en todas las jarcias de los buques. Se amainaron velas y se esperó la aurora. El misterio del Océano había dicho su primera palabra en el seno de la noche; el día iba á revelarla toda entera á los ojos de todos. Los perfumes más suaves y más desconocidos llegaban á soplos á los buques con la sombra de una costa, el ruído de las olas sacudidas contra los arrecifes y el viento de tierra. El fuego visto por Colón anunciaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilización. Jamás noche alguna estuvo más lenta en descorrer el velo del horizonte; porque este horizonte era para los compañeros de Colón y para el mismo una segunda creación de Dios.

XI

El crepúsculo, al extenderse por los aires, destacó poco á poco las formas de una isla del seno de los mares. Sus dos extremidades se perdían entre la bruma de la mañana. Su costa baja se elevaba en anfiteatro hasta la cresta de las colinas, cuya sombría verdura contrastaba con la limpidez azul del cielo; á algunos pasos de la espuma de las olas que morían en una arena amarilla se extendían en graderías sobre las alturas sucesivas de la isla bosques de árboles majestuosos é innumerables. Ensenadas verdes y trechos sin árboles en esos fondos dejaban penetrar la luz, y los ojos podían descubrir á medias los misterios de aquella soledad. Entreveíase allí habitaciones diseminadas, parecidas á colmenas de hombres por su forma cilíndrica y por sus techos de hojas secas, chimeneas que asomaban por encima de los bosques se veían aparecer en distintos puntos. Grupos de hombres, de mujeres y de niños, admirados más que asustados, aparecían medio desnudos entre los troncos de los árboles más cercanos á la

costa, adelantándose tímidamente, retirándose después, manifestando con sus gestos y sus actitudes inocentes tanto temor como admiración y curiosidad al aspecto de esos buques y de esos extranjeros que las olas les habían traído durante la noche.

XII

Colón, después de haber contemplado en silencio esta playa, avanzada de la tierra tantas veces construída en sus cálculos y tan magníficamente coloreada en su imaginación, la encontró aun superior á sus pensamientos. Ardía de impaciencia por imprimir el primer pie de un europeo en esa arena, y arbolar en ella, con el signo de la cruz y la bandera de España, el estandarte de la conquista de Dios y de la conquista de sus soberanos debida á su genio. Pero contuvo en sí mismo y en sus tripulaciones este afán de abordar la costa, queriendo dar á esta toma de posesión de un mundo nuevo la solemnidad del acto, quizá más grande, realizado por un navegante y llamar en defecto de los hombres, á

Dios, á los ángeles, al mar, á la tierra, al cielo en testimonio de su conquista de lo desconocido. Revistió las insignias de almirante del Océano y de virey de los países que se irían discubriendo; cubrióse con el manto de púrpura, cogiendo en su mano derecha un pendón en el cual se veía bordada una cruz y las cifras de Fernando é Isabel entrelazas como sus reinos, y sobre los que se veía una corona; bajó á una chalupa y seguido por otros dos botes en que iban sus dos lugartenientes Alonso y Yañez Pinzón, se dirigió hacia la playa. Al tocar la tierra, cayó de rodillas para consagrar con un acto de humildad y adoración el dón y la grandeza de Dios en aquella parte nueva de sus obras.

Besó la arena y con el rostro pegado á ella vertió abundante llanto. Eran lágrimas de doble sentido y de doble augurio, que humedecían por primera vez la arcilla de aquel hemisferio visitado por hombres de la vieja Europa; lágrimas de alegría para Colón que rebosaban de un corazón piadoso y hondamente agradecido; lágrimas de duelo para aquel mundo virgen que presagiaban las calamidades, las devastaciones, el fuego, el hierro, la sangre y la muerte que aquellos extranjeros le traían con su orgullo,

su ciencia y su espíritu de dominio. El hombre vertía lágrimas; la tierra debía llorar.

XIII

"Dios eterno y Todopoderoso, exclamó Colón irguiendo su frente y en una plegaria latina que nos han conservado sus compañeros; Dios, que por la energía de tu palabra creadora, diste vida al cielo, al mar y la tierra; que sea bendecido tu nombre y glorificado en todas partes; que tu majestad y soberanía universal sea exaltada por los siglos ya que permites que por el más humilde de tus esclavos tu sagrado nombre sea conocido y esparcido en esta mitad hasta hoy ignorada de tu imperio!„

Luego bautizó esta isla con el nombre de Jesucristo, llamándola de San Salvador.

Sus lugartenientes, sus pilotos, sus marineros, locos de alegría y sintiendo un respeto sobrehumano por el hombre que había entrevisto un mundo más allá del horizonte visible, y que en el día anterior habían ultrajado con su desconfian-

za; todos aquellos hombres cayeron á sus piés, besaron sus manos y sus vestidos y reconocieron por un momento la soberanía y casi divinidad de su obstinación, compañeros entonces de su constancia y resplandecientes de la gloria contra la cual habían blasfemado! Esta es la humanidad: persigue al génio, á los grandes iniciadores y luego hereda sus victorias.

XIV

Durante la toma de posesión los habitantes de la isla, retenidos primero á cierta distancia á consecuencia de su espanto y atraídos luego por una curiosidad instintiva, primer lazo que une al hombre con el hombre, se fueron acercando poco á poco. Los indígenas, cambiaron sus impresiones acerca de los espectáculos de aquella noche y de aquella aurora. Las naves de Colón plegando y desplegando su velámen, sus entenas, sus vergas, miembros inmensos que parecían moverse al impulso de una fuerza oculta, les habían parecido seres animados y sobrenaturales descendidos á la

isla durante la noche del firmamento de cristal que rodeaba su horizonte: seres del cielo que flotaban en el aire con sus alas y que se dejaban caer, según su voluntad, sobre las playas de una isla de la cual eran los dioses. Sobrecogidos por el respeto que sentían al ver como las chalupas abordaban en la playa, y al ver hombres cubiertos con trajes de brocado y armas que reverberaban la luz, habían concluído por acercarse, bien como si una secreta fascinación les empujara hacia ellos. Los españoles al examinarles, quedaban á su vez sorprendidos de no encontrar en ellos ninguno de los caractéres físicos de conformación y de color que distinguían á las razas africanas, asiáticas y europeas que habían conocido hasta entonces. Su tinte cobrizo, su delgada cabellera que se extendía ondulante sobre sus hombros; sus ojos sombríos como un mar, sus delicados y femeniles miembros, su fisonomía confiada y abierta, su misma desnudez y los dibujos coloreados que adornaban su piel denunciaban una raza distinta de las familias humanas esparcidas en el antiguo mundo, conservando aun la sencillez y la dulzura de la infancia: raza olvidada por espacio de muchos siglos en esta parte no conocida del

universo y que, á fuerza de ignorancia, había conservado la simplicidad, el candor y la dulzura de los primeros días del hombre.

Persuadido Colón de que aquella isla era un apéndice del mar de las Indias hacia las cuales creía navegar constantemente, les dió el falso nombre de indios que fué conservado hasta que se extinguieron, error de lenguaje que sobrevivió al error del navegante.

XV

Pronto los indios se relacionaron con sus huéspedes, mostrándoles sus habitaciones, sus fuertes, sus canoas, sus aldeas, trajéronles á guisa de tributo sus frutos, su pan de casaba, que renovó las provisiones de los españoles, y algunos dijes de oro puro que colgaban de sus orejas y narices; brazaletes y collares que adornaban la garganta, las piernas y los brazos de sus mujeres. Ignoraban el uso y comercio de la moneda, este suplemento venal pero necesario á la virtud de la hospitalidad; á cambio de todo aquello recibían con infantil embriaguez

los más insignificantes objetos usados por los españoles. Lo que más apreciaban era su novedad. Lo raro y lo precioso es una misma cosa para todos los países del Universo. Aquellos extranjeros que buscaban el país del oro y de la pedrería se informaron por medio de los signos, del punto donde aquel metal se hallaba. Los indios les indicaron que se encontraban hacia el Sud y el almirante y sus compañeros creyeron que en esta dirección había una isla ó continente formando parte de las Indias, cuya riqueza se hallaba en armonía con las maravillosas descripciones de Marco Polo. Aquella tierra de la que se creían muy cercanos era, según ellos, la fabulosa isla de Cipango ó del Japón, cuyo soberano tenía palacios ó moradas con pavimentos de oro. La impaciencia por llegar al fin de su quimera ó de dar satisfacción á su codicia, hizo que se embarcaran muy en breve. Se había renovado su agua en las fuentes de la isla y llenado sus puentes de frutos, de raíces y de casaba, presentes de sus pobres y felices huéspedes, de los que se llevaron uno para que aprendiera su idioma y les sirviese de intérprete.

XVI

Al dar la vuelta por la isla de San Salvador, se extraviaron en los canales de un archipiélago compuesto de más de cien islas de diferente extensión, pero en las cuales se veía la misma vegetación, la misma fecundidad, el mismo vírgen y lujurioso aspecto que distinguia la isla primeramente descubierta. Abordaron en la mayor y más poblada. En seguida fueron rodeados por multitud de canoas formadas por un solo tronco de árbol ahuecado y tripuladas por indios con los cuales cambiaron sus botones y sus cuentas de vidrio por el oro y perlas que traían. Su navegación y sus estaciones en aquel laberinto de desconocidas islas, ofrecieron lo mismo que al fondear en la isla de San Salvador. En todas partes eran recibidos con la inocencia de los indios. Los españoles admiraban el clima, las flores, los perfumes, los colores, las plumas de las desconocidas aves que cada uno de aquellos oasis desplegaba ante sus ojos; pero su pensamiento se dirigía á un solo punto: al des-

cubrimiento del país del oro, que creían situado en el extremo del Asia. Esto les hacía menos sensibles á todos aquellos tesoros naturales y les impedía sospechar la existencia del nuevo é inmenso continente del que aquellas islas no eran más que su vanguardia en el gran Océano. En vista de que los indios con sus miradas y sus señas indicaban la existencia de una región más espléndida que su archipiélago, Colón dirigió el rumbo hácia las costas de Cuba donde llegó á los tres días de una navegación tranquila sin que perdiera de vista las hermosas de Bahama, que eran cual jalones que la Providencia había puesto en su camino.

Cuba con sus playas de una longitud sin límites, adosándose á montañas que parecían hender el cielo, con sus bahías, sus calas, sus desembocaduras de los ríos, sus golfos, sus bosques, sus aldeas, recordó á Colón, bien que en más poéticos y majestuosos rasgos, la antigua y vieja Sicilia. Lo que no pudo adivinar era si Cuba era un continente ó una isla. Echó el ancla en la sombreada orilla de un gran río, examinó las playas, las selvas, los bosques de naranjos y palmeras las aldeas y las chozas de sus habitantes. Un perro que no ladraba, fué el úni-

co ser viviente que encontró en aquellas chozas, las cuales fueron abandonadas por los indios. Embarcóse de nuevo y remontó con sus naves el lecho de aquel río sombreado por palmeras y con árboles gigantescos, atestados de frutas y de flores. Parecía que la naturaleza se había complacido en dar á aquellas felices tribus los elementos necesarios á la vida sin que les exigiera el más mínimo trabajo. Todo recordaba el Edén cantado en los poemas y en los sagrados libros. Los animales inofensivos, las aves con plumas de jalde y escarlata, los loros, los colibrís y otros pájaros de mil formas y colores chillaban y cantaban yendo de rama en rama; el sol cuyos rayos se hallaban templados por el aliento de los montes, la sombra de los árboles y las aguas de las corrientes lo fecundaba todo sin que nada agostase ó calcinara: la luna y las estrellas, reverberaban en las tinieblas, en el lecho de los ríos con un esplendor, un brillo y una dulce claridad que ahuyentaba los terrores de la noche. Una embriaguez general exaltaba el alma y los sentidos de Colón y sus compañeros. Era aquella una tierra más vírgen y maternal que la vieja tierra de donde procedían.

"Es el más bello país, escribía Colón

en sus notas, que han contemplado jamás los ojos del hombre. Se quisiera vivir en él eternamente. No se concibe en esta región ni el dolor ni la muerte.„

El olor de las especias que llegaba hasta las naves y el hallazgo de unas ostras que criaban perlas, convencieron más y más al navegante de que Cuba era una prolongación del Asia. Imaginábase que detrás de las montañas de aquella isla ó de aquel continente—pues no sabía si Cuba era ó no tierra firme—daría con los imperios, la civilización, las minas de oro y las maravillas de que ciertos entusiastas viajeros dotaban al Japón y al reino de Cathay. No pudiendo hablar con los naturales, que no bien veían un español emprendían la fuga, Colón envió á dos de sus compañeros que hablaban el árabe y el hebreo en busca de las famosas capitales donde creía que el soberano de Cathay residía. Estos embajadores se llevaron presentes para los indígenas con orden de no trocarlos más que por oro, cuyas inagotables minas se debían hallar en el interior de aquella tierra.

Los enviados regresaron á los bajeles sin haber encontrado más ciudades que chozas de salvajes y una naturaleza pródiga en vegetación, flores frutas y perfu-

mes. Haciendo no pocos esfuerzos, habían logrado amansar algunos indígenas que trajeron y presentaron al almirante. El tabaco, planta ligeramente embriagadora, que los indios arrollaban para encenderlo y aspirar el humo por uno de sus extremos; la patata, harinoso tubérculo que se convertía en pan cuando se preparaba entre ceniza; el maíz, el algodón hilado por las mujeres; las naranjas, los limones, los desconocidos frutos de aquellos espléndidos oteros, eran los únicos tesoros que habían encontrado cerca de las chozas que se levantaban en los claros de las selvas.

Desconcertado en sus sueños de oro, el almirante, creyendo á los indígenas que eran de él mal comprendidos, dejó con gran dolor aquellas paradisiacas regiones, con intención de dirigirse hacia el Este, donde seguía colocando su Asia fabulosa. Embarcóse con algunos hombres y mujeres, naturales de Cuba, más confiados y atrevidos que otros individuos, para que le sirvieran de intérpretes en las tierras vecinas que iba á visitar para convertirlas á la fé, y para ofrecer á Isabel aquellas almas que según él, había de redimir su generosa empresa. En la persuasión de que Cuba, cuyos límites ignoraba, era parte del Asia, vogó durante

algunos días á corta distancia del verdadero continente americano sin que ni siquiera lo percibiese.

Entretanto la envidia que tanto debía emponzoñar su vida, brotó en el corazón de alguno de sus compañeros el mismo día en que su descubrimiento había realizado su idea de tantos años. Americo Vespucio, florentino obscuro, embarcado en una de sus naves, debía dar su nombre al mundo que él sólo había descubierto. Vespucio no debió la fortuna alcanzada por su nombre más que al azar, y á sus subsiguientes viajes con el marino genovés hacia aquellas mismas regiones. Lugarteniente de Colón y gran admirador suyo, nunca trató de arrebatarle esta gloria. El capricho de la fortuna se la dió sin que quisiese engañar la opinión de Europa, y la rutina hubo de conservársela. El nombre de su jefe no tuvo la honra de bautizar un mundo prevaleciendo el de su subalterno. ¡Raro extravío de la gloria humana, de que Colón fué víctima, pero de que Americo Vespucio no fué culpable! Acháquese tal injusticia é ingratitud á las veleidades de la posteridad; mas nada se puede reprochar al dichoso piloto de Florencia.

XVII

Hacía tiempo que la envidia quemaba el corazón de Alonso Pinzón, el principal lugarteniente del almirante. Capitán de la *Pinta*, segunda carabela de la flota, y que en ligereza se podía considerar la primera, fingió extraviarse en las tinieblas de la noche y desapareció á las miradas de su jefe. Su intento consistía en aprovechar el descubrimiento de Colón apoderándose sin génio y sin esfuerzo de otras tierras, y luego de darlas su nombre regresar el primero á Europa con objeto de usurpar la flor de la gloria y de las recompensas al que había sido su guía y su maestro. Colón había notado, hacía unos dias, la envidia y la insubordinación de su subalterno. Pero debía mucho á Alonso: sin él, sin su valor, sin su esfuezo, sin lo que había trabajado en Palos, nunca hubiese llegado á organizar su flota ni á contratar sus marineros. El reconocimiento que por él sentía, le había impedido castigar la insubordinación de un hombre de quien tantos favores había recibido. El carácter modesto, magnánimo y tolerante del célebre marino se avenía

muy mal con un rigor odioso. Hombre justo y virtuoso, contaba siempre con la virtud y justicia de los otros. Esta bondad, que Alonso Pinzón tomó por flaqueza, le estimuló á ser ingrato, por cuyo motivo se lanzó audazmente entre Colón y los nuevos descubrimientos que se propuso arrancarle.

XVIII

Sospechó el almirate cuales eran las verdaderas intenciones de Pinzón; pero fingió creer que la *Pinta* había perdido el rumbo, que se había extraviado y cinglando con sus dos naves hácia el Sud este, en dirección á una gran sombra que se veía en el mar, abordó á la isla la Española que después se llamó Santo Domingo. Sin una gran nube que rodeaba esta isla y que le hizo virar de bordo, Colón hubiese hallado el nuevo continente. Seducido por el Archipiélago americano y yendo de isla en isla se separaba constantemente, y sin percibirlo, de las tierras que queria descubrir con tanto empeño. Aquél fantasma del Asia que le había conducido á

la América, se interponía entre ésta y él para quitarle por una de sus quimeras la realidad de su gran descubrimiento.

XIX

Aquella tierra, virgen, fecunda, sonriente, inmensa, bañada en una atmósfera de cristal y por un mar cuyas ondas parecían llenas de perfumes apareció ante su fantasia como la isla maravillosa desprendida del continente de las Indias que buscaba en medio de tantos riesgos y á tanta distancia con el fantástico nombre de Cipango.

La bautizó con el de Española en agradecimiento á su patria adoptiva. Sus naturales, hombres sencillos, dulces, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron á la playa creyendo que Colón y sus hombres, eran criaturas de una naturaleza superior, que algún prodigio celeste les enviaba desde los límites del horizonte ó desde el seno del firmamento para ser adorados y queridos á la manera de los dioses. Una muchedumbre feliz cubría los valles, los montes y las llanuras de aquella isla. Los hombres y las mujeres se distinguían

por su robustez y sus gracias. La eterna paz que reinaba entre ellos imprimía en sus facciones un sello de bondad y de dulzura. Sus leyes no eran más que instintos benévolos del corazón revistiendo la forma de la tradición y la costumbre. Se les hubiera podido tomar por un pueblo niño cuyos vicios no habían podido aún desenvolverse y en quien las inspiraciones de una naturaleza inocente bastaban á gobernarlo. De la agricultura, de la horticultura, de la industria y de las artes conocían lo bastante para las necesidades de la vida. Sus campos se hallaban admirablemente cultivados; sus habitaciones eran de construcción elegante y estaban agrupadas en aldeas que se levantaban cerca de bosques formados por árboles frutales ó bien avecindaban con los ríos y las fuentes. Sus vestidos, usados bajo un cielo tibio que no les hacía sufrir los rigores del invierno ni los del estío, sólo consistían en adornos que embellecían su cuerpo, en tejidos de algodón, en bandas y ceñidores con los que velaban el pudor. Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas. Era la familia engrandecida por la sucesión de las generaciones pero constantemente agrupada alrededor de un jefe hereditario llamado cacique. Los caciques

eran los jefes y no los tiranos de las triubs. Las costumbres, constituciones no escritas pero inviolables y protectoras como una ley divina, servían de norma al gobierno de estos reyes; autoridad paternal de una parte, filial de otra y contra la cual nadie se sublevaba.

Los naturales de Cuba que Colón había traido consigo para que le sirvieran de guías y de intérpretes en aquellas islas y mares, empezaban á comprender el idioma de los europeos, y entendían á medias el de los habitantes de la Española, rama desprendida de su misma raza, y establecieron así relaciones de inteligencia entre Colón y el pueblo que visitaba.

Los indígenas alojaron sin desconfianza alguna los españoles en sus chozas ofreciéndoles su pan de casaba, frutos desconocidos, pescados, raíces sabrosas, aves de rico plumaje y canto melodioso, flores, palmas, limones, bananas y todos los dones de la mar del cielo, de la tierra, y del clima. Tratáronles como huéspedes, como hermanos, como dioses.

"La naturaleza, dice Colón, es tan pródiga que la propiedad no ha establecido aquí el sentimiento de la avidez ó la codicia. Estos hombres parece que viven en una edad de oro, felices y tran-

quilos en medio de jardines abiertos y sin límites, pues no tienen fosos ni vallas que los cerquen. Obran lealmente unos con otros, sin leyes, sin libros y sin jueces. Consideran mal hombre al que se complace en dañar á otro. Este horror de los buenos hacia los malos es lo que constituye su ley única.„

Su religión no era más que el sentimiento de su inferioridad, de su reconocimiento y amor por el invisible ser que les había prodigado la felicidad y la vida.

¡Qué contraste entre el estado en que se hallaban estos pueblos en el momento en que los europeos les trajeron el espíritu y el genio del viejo mundo y el estado á que llegaron años después de haber conocido á sus pretendidos civilizadores! ¿Por qué misterio la Providencia envió á Colón á ese nuevo hemisferio que creía favorecer con la virtud y la vida y no sembró en él más que la tiranía y la muerte?

XX

El piloto de la carabela que Colón montaba, queriendo penetrar en todas las bahías y en todas las embocaduras de los ríos hubo de embarrancar mientras su jefe dormía. Amenazada de un naufragio, la nave fué abandonada por el piloto y algunos marineros que, bajo pretexto de llevar un áncora á la playa, emprendieron á fuerza de remos la huída para ganar la otra carabela creyendo que Colón sería víctima de una muerte triste é inevitable. La energía de éste, ya que no el buque, salvó sus compañeros. Luchó contra las rompientes hasta que la carabela quedó sin una plancha é improvisando una balsa metió en ella sus hombres y abordó como un náufrago en aquellas mismas playas que había conquistado y donde se le unió la otra carabela. Su naufragio y su desgracia no fueron parte á que el cacique de quien había sido ya huésped le recibiera con agrado. Llamábase Guacanagari, primer amigo y muy luego primera víctima, de aquellos extranjeros. Al conocer el desastre de Colón, vertió abundantes lágrimas y ofreció

á los españoles sus chozas, sus provisiones y todo género de auxilios. Los restos del naufragio, las riquezas de los europeos, salvadas del mar y colocadas en la arena de la playa, fueron guardadas y preservadas, como si fueran objetos sagrados, de toda violación y hasta de la curiosidad importuna. Aquellos hombres que no conocían la propiedad para ellos mismos parecían reconocerla y respetarla en sus desgraciados huéspedes. Colón habla de su sencilla generosidad en sus cartas á los reyes católicos.

"No hay, dice, en todo el Universo un país que sea mejor que este. Sus naturales aman el prójimo como á ellos mismos; usan de un lenguaje encantador y dulce y la sonrisa se dibuja constantemente en sus labios. Cierto que van desnudos; pero les viste su pudor y su decencia."

Colón después de haber establecido con el joven cacique relaciones de la más tierna y confiada amistad, recibió como presentes, algunos ornamentos de oro. A la vista de este metal el rostro de los europeos quedó tan alterado, se reveló en él tanta ferocidad y codicia que el cacique y sus vasallos no pudieron menos de alarmarse, bien como si sus nuevos amigos hubiesen cambiado repentinamente de naturaleza y de simpatías ha-

cia ellos. Y ciertamente que así era: los compañeros del almirante no buscaban más que las fantásticas riquezas de Oriente, mientras que él mismo buscaba una parte misteriosa del globo. La vista del oro había resucitado en ellos su codicia y su rostro se había puesto violento y áspero como su pensamiento. Sabiendo el cacique que aquel metal era el Dios de los europeos, les indicó unos montes detrás de los cuales había oro en abundancia. Colón no dudó que al fin había dado con el país de donde Salomón sacaba sus riquezas y preparando su regreso á Europa á fin de anunciarla su triunfo, mandó construir un fuerte en la aldea del cacique para dejar en él y durante su ausencia una parte de sus compañeros. Eligió cuarenta hombres entre sus oficiales y marineros y los colocó bajo el mando de Pedro de Arana. Quedaron encargados de adquirir noticias sobre las regiones del oro y de mantener á los indios en el respeto y amistad de los españoles. Después salió para Europa colmado de presentes del cacique y llevándose todos los adornos y objetos de oro que logró adquirir ya por donativos de los indios ya por cambios con ellos realizados.

Al costear la Española encontró á su

infiel compañero Alonso Pinzón que con la excusa de que había perdido de vista al almirante, había emprendido otros rumbos. Oculto en una profunda ensenada abordó en tierra y en vez de imitar la dulzura y política de su jefe vertió sangre de los indígenas. Colón al encontrar á su lugarteniente fingió que creía en sus excusas y le ordenó que le siguiese. Hicieron rumbo juntos para anunciar á la España los resultados obtenidos en aquella navegación maravillosa. Pero el Océano que los había llevado de ola en ola y con sus vientos favorables á las playas de la América se resistía con sus ondas y sus contrarios vientos á conducirlos al país en el cual tanto pensaban. Colón, gracias á sus conocimientos en la náutica y á los apuntes hechos que no había revelado á sus pilotos, era el único que conocía el camino y que sabía dar valor á las distancias. Sus compañeros creían que estaban á miles de leguas de Europa, cuando él sospechaba la proximidad de las Azores. Terribles vendavales, agrupamientos de nubes, rayos y truenos como jamás había visto encenderse en los cielos y retumbar en el Océano, montes de espuma que hacían voltear las carabelas insensibles á su timón y su velamen, abrieron durante seis

días y seis noches su tumba y la de sus marineros en las puertas de su patria. Las señales que le dirigían las dos naves entre la obscuridad de la borrasca dejaron de percibirse. Las unas creyeron perdidas á las otras y flotaron al capricho de aquella larga tempestad entre las Azores y la costa de España. Creyendo el almirante que la *Pinta* se había hundido con Pinzón en el seno de los mares, pues sus velas habían quedado rotas y su timón no gobernaba, creyó que él, á su vez, iba á desaparecer bajo una de aquellas montañas de agua por las cuales subía y volvía á bajar con su espuma. Colón había hecho el sacrificio de su vida; pero no se resignaba á hacer el de su gloria. No podía aceptar aquella burla de la Providencia que le condenaba á enterrar en el seno de las ondas y quizá por muchos siglos el misterio del descubrimiento que traía al viejo mundo. Su alma protestaba contra este sarcasmo del destino. Morir después de tocar en las playas de Europa y depositar su secreto y su tesoro en la memoria del país, era á los ojos de Colón un destino aceptable; pero dejar morir un segundo universo con él mismo y llevar á la tumba la solución de un enigma que los hombres, sus hermanos, buscaban hacía ya siglos

sin que jamás hubiesen podido encontrarla, esto equivalía á morir mil veces. Así es que lo que pedía á Dios era que cuando menos llevara á la costa con sus restos las pruebas de su descubrimiento y de su regreso á Europa. Las tempestades se sucedían una tras de otra: su carabela hacía agua y las miradas hostiles, los murmullos ó el silencio de sus compañeros le reprochaban la obstinación con que les había seducido ó forzado á verificar la travesía. Consideraban la prolongada furia de los elementos como una venganza del mar, celoso de que un hombre audaz hubiese descubierto su misterio y hablaban de lanzar á Colón á sus abismos para calmar, por este sacrificio, el furor y encrespamiento de las ondas.

XXI

No dando importancia á su cólera y preocupado tan sólo por la triste suerte que iba á tener su descubrimiento, Colón escribió en muchos pergaminos y con forma breve relatos de su viaje, que me-

tió en royos de cera y en cajitas de cedro, los cuales echó al mar por si algún día las ondas los hiciesen flotar hasta la playa. Dícese que uno de estos relatos abandonados al viento y á las olas, fué azotado por espacio de tres siglos y medio por las tempestades del Océano y que cierto día un marinero europeo, haciendo lastre frente Gibraltar, en las costas del Africa, encontró una nuez de coco petrificada y la llevó á su capitán como una vana curiosidad de la naturaleza. El capitán abrió la nuez para ver si su almendra había resistido al tiempo y en su interior halló un pergamino escrito en letras góticas que, descifrado por un sabio de Gibraltar, se vió que decía lo siguiente:

"No podemos resistir ni un día más la tempestad; nos hallamos entre España y las islas descubiertas en Oriente. Dios quiera, si la carabela naufraga, que alguien pueda recojer este testimonio de mi descubrimiento.—CRISTOBAL COLÓN."

El Océano había guardado trescientos cincuenta y ocho años este mensaje y lo devolvía á Europa cuando la América estaba colonizada, floreciente y libre, rivalizando en todo con el viejo continente. Fué un juego de la suerte para demostrar á los hombres que el descubri-

miento del nuevo mundo no se hubiera realizado en siglos si Dios no hubiese prohibido á las olas que devorasen á Colón, su mensajero.

XXII

Al día siguiente oyóse el grito de tierra. Era la isla portuguesa de Santa María, situada á la extremidad de las Azores. Colón y sus compañeros, fueron rechazados de ella por la celosa persecución de los portugueses. Entregados de nuevo y durante cuatro días á los rigores de la tormenta y del hambre, el 4 de Marzo pudieron entrar en la embocadura del Tajo, echando por fin el ancla en una nación que era la rival de España.

Presentado al Rey de Portugal, Colón hizo á éste el relato de sus descubrimientos sin indicar el rumbo que había emprendido á fin de que no enviara antes que los Reyes Católicos sus flotas al nuevo mundo. Los cortesanos de Juan II aconsejaron á este príncipe que mandara asesinar al famoso navegante para enterrar con él su secreto y los derechos de la corona de España á las tierras descu-

biertas; pero el rey se indignó ante proposición tan miserable. Colón, que se vió honrado por Juan II, envió por tierra un correo á sus soberanos anunciándoles el éxito de su viaje y el próximo regreso de su flota al puerto de Palos. Desembarcó en este el 15 de Marzo, al rayar del alba, siendo recibido por una muchedumbre loca de alegría y orgullo, que avanzó hasta las olas para cogerle y llevarle en triunfo. Colón se dejó caer en brazos de su amigo y protector fray Pérez de Marchena, el pobre superior de la Rábida, único hombre que siempre había creído en él y cuya fé veía recompensada con el descubrimiento de un mundo.

Colón se dirigió con los piés desnudos y en procesión á la iglesia del monasterio para dar gracias á Dios por su salvación, por su gloria y por la conquista que había hecho á la España. Siguióle todo el pueblo que le bendijo á la puerta de aquel humilde convento, donde años antes había pedido hospitalidad en compañía de su hijo. Jamás hombre alguno llevó á su patria y á la posteridad una conquista cual la suya; y esta conquista no había costado hasta entónces un crímen, una vida, una gota de sangre, una lágrima. Los más bellos días de su existencia fueron los que pasó en aquel mo-

nasterio al lado de su huésped y amigo el superior del monasterio, y entre los abrazos y caricias de su hijo.

XXIII

Como si el cielo quisiése colmar su felicidad y vengarle de la envidia que le perseguía, Alonso Pinzón, capitán de la segunda carabela, entró al siguiente día con la *Pinta* en el puerto de Palos donde esperaba llegar más pronto que su jefe y quitarle las primicias del triunfo. Pero engañado en su culpable deseo y temiendo el castigo de su deserción, el piloto murió de dolor al tocar la playa, y al ver la nave de Colón fondeada en aquel puerto. El célebre navegante era demasiado generoso para alegrarse de su muerte ni menos para vengarse. La celosa Némesis de los grandes hombres moría siempre ante sus plantas.

TERCERA PARTE

I

Teniendo Fernando é Isabel noticia del regreso de Colón, por el mensajero que éste les había enviado desde Lisboa, le esperaban en Barcelona con ovaciones y magnificencias dignas de la grandeza de sus servicios.

Toda la nobleza de España acudió para figurar en su cortejo. Entró en Barcelona como triunfador y como un rey de los paises que iban á descubrirse. Los indios que habían venido con él en la flota y que eran vivo testimonio de la existencia de otras razas, iban al frente del cortejo, pintarrajeado su cuerpo con dibujos y adornados con collares de oro y perlas; los animales, las aves, las plantas desconocidas, las piedras preciosas halladas en aquellas regiones, eran lle-

vadas en cestasy en bandejas de oro, por esclavos, negros y árabes. La muchedumbre se codeaba y estrujaba para ver aquel cortejo, y circulaban en ella los más fabulosos rumores acerca lo que habían hecho Colón y sus compañeros. Montando un corcel soberbiamente enjaezado, se veía al almirante, quien iba seguido por una muchedumbre de nobles y caballeros. Todas las miradas se clavaban en él, que, como inspirado de Dios, había levantado el primer velo que encubría los misterios oceánicos. Buscábase en su rostro el signo visible de su misión y todo el mundo parecía verlo La belleza de sus líneas, su majestad pensativa, el vigor de la eterna juventud unidos á la gravedad ya madura de sus años, la fuerza bajo sus blancos cabellos, el sentimiento íntimo de su valor junto á su piedad hacia un Dios que había hecho de él su elegido; el reconocimiento á sus soberanos que le devolvían en honores todo lo que él traía en conquistas, hacían de Colón (según dicen los que presenciaron su entrada en Barcelona) una de esa figuras heróicas y proféticas de la Biblia ante cuyos pasos el pueblo siembra las palmas de la adoración y del prodigio. Nadie se atrevía á medirse con él y todo el mundo veía en

Colón el más grande ó el más favorecido de los hombres. Isabel y Fernado le recibieron sentados en su trono resguardado del sol por un dosel de oro. Le hicieron sentar al nivel de su sólio y escucharon el circunstanciado y solemne relato de su viaje. Al terminar su peroración, que la elocuencia y la poesía colorearon con la inagotable imaginación del almirante, el rey y la reina, profundamente conmovidos, cayeron de rodillas y entonaron el *Te Deum*, himno de la más grande victoria que el Todopoderoso había concedido hasta entonces á los reyes.

Luego se mandaron correos á todas las cortes de Europa con objeto de participarles la nueva de aquel triunfo. La obscuridad que había rodeado la vida del navegante se convirtió en un brillo y una fama que llenó los ámbitos del mundo. El alma de Colón no se hinchó con los honores rendidos á su nombre, ni permitió que su modestia quedase humillada por la envidia que quería empañar su gloria. Cierto día en que fué invitado á la mesa de Isabel y de Fernando, uno de los convidados envidioso de los honores que se tributaban al hijo de un cardador de lanas, le preguntó, con sorna, si creía que nadie hubiese descubierto el nuevo hemisferio en caso de no haber él nacido.

Colón no le respondió temiendo que diría mucho ó demasiado de sí mismo; pero cogiendo un huevo entre sus manos se dirigió á todos los comensales invitándoles á que lo hicieran sostener en pié. Nadie pudo alcanzarlo. Entonces Colón lo rompió en uno de sus extremos y haciendo que se mantuviera recto sobre la mesa probó á los envidiosos de su gloria, que no existía mérito alguno en tener una idea, pero que el que la tenía antes que los otros podía reclamar para él los derechos de la primacía. Este apólogo en acción ha sido desde entonces la respuesta de los hombres elegidos por Dios para mostrar el camino á sus semejantes y ser ya que no el más grande el más favorecido por la inspiración entre ellos.

Los títulos, los honores, las dotaciones futuras sobre las tierras que iba á descubrir y á conquistar fueron el premio del célebre navegante. Obtuvo el vireinato, la administración y el cuarto de las riquezas ó productos de todos los mares, islas ó continentes donde iría á enarbolar el pabellón de la fé y el estandarte de Castilla. Fonseca, archidicano de Sevilla, fué bajo el título de patriarca de las Indias, el encargado de preparar la nueva expedición que debía guiar Cristobal Colón á más vastas conquistas,

Pero desde entonces Fonseca se constituyó en rival oculto del célebre navegante y como si estuviera ganoso de cortar el vuelo al génio que debía secundar y aunque fingía prodigar á Colón los medios necesarios para realizar su empresa, le creaba al mismo tiempo todo género de obstáculos. De ahí que su lentitud y sus pretextos redujeran á diez y siete las naves de la escuadra que debía llevar el almirante á la otra parte del Atlántico,

Esto, sin embargo, el genio aventurero de los españoles de aquel tiempo, el espíritu de proselitismo religioso, y las caballerescas tendencias, precipitaron á las naves gran número de frailes, de nobles, de aventureros, unos para llevar la fe y otros para crearse un nombre y una fortuna en aquellas regiones cuyos límites ensanchaba aun su fantasía. Obreros de todas las industrias, labradores de todas las zonas, animales de todas las especies, granos, plantas, cepas, árboles frutales, muestrarios de todas las artes y de todos los comercios de Europa, fueron embarcados en aquellas naves para ensayar aquel clima, fecundar su suelo tentar sus habitantes para arrancarles su oro, sus perlas, sus perfumes y sus especias á cambio de las bicocas ó friolerías de Europa. Aquello

fué la cruzada de la religión, de la guerra, de la industria, de la ambición y de la gloria; para los unos el cielo, para los otros lo desconocido y lo maravilloso.

El más ilustre de los caballeros que se embarcaron con Colón, fué don Alonso de Ojeda, paje en otro tiempo de Isabel la Católica, el más bello, el más intrépido, el más aventurero de los jóvenes de su corte. Era de corazón tan animoso, que su valor llegaba á la demencia. Un día en que Isabel subió á la Giralda de Sevilla para admirar su elevación sorprendente, y para comtemplar desde su altura las calles y las casas de la ciudad, que parecían á sus pies un hormiguero, D. Alonso, subió á una de sus más altas cornisas y dando en ella saltos y piruetas hizo maravillas de audacia y de destreza sin más objeto que el de agradar á su reina y sin que el vértigo ni el temor de la muerte ofuscaran sus ojos ó intimidaran su corazón impávido y valiente.

II

El 25 de Septiembre de 1473, la flota salió de la bahía de Cádiz, en medio de los gritos y aplausos de una muchedumbre inmensa, gritos que eran como el augurio de otro viaje feliz y triunfante. Los dos hijos de Colón acompañaron á su padre hasta la nave: éste los bendijo y los dejó en España, á fin de que la principal mitad de su vida quedara por lo menos al abrigo de los riesgos que afrontaba. Tres grandes navíos y catorce carabelas componían la flota. El Océano se dejó franquear con la facilidad de la vez primera. En 2 de Noviembre la escuadra descubrió la Guadalupe, cruzó por entre las islas Caribes, dió á este archipiélago nombres de recuerdos piadosos y tocando luego en una de las puntas de la isla Española, hoy día Haíti, Colón dirigió su rumbo hacia el golfo donde había construído el fuerte y dejado á sus cuarenta compañeros. El y sus hombres volvían allí con el corazón lleno de ansiedad y de esperanza. Cuando echó el ancla, era de noche. No quiso aguardar el día para saber lo que de la

colonia había sido. Hizo que disparasen una salva de cañonazos para anunciar á ésta su regreso. Pero el cañón del fuerte quedó mudo y el eco de aquellas soledades repitió únicamente aquel saludo de Europa al Nuevo Mundo. Al siguiente día, al rayar el alba, vió que la playa estaba desierta, que el fuerte se hallaba destruído, que sus cañones se hallaban desmontados y hundidos entre sus ruinas, que los huesos de los españoles blanqueaban en la arena y que la población en que vivía el cacique estaba abandonada. El reducido número de indígenas que se percibía desde lejos, entre los árboles del bosque, vacilaba en acercarse, bien como si le detuviera el remordimiento ó el temor de una venganza. El cacique fiando en su propia inocencia y en la justicia de Colón, avanzó por fin y contó á éste los crímenes ejecutados por sus compañeros, quienes habían abusado de la hospitalidad concedida oprimiendo á los indígenas, quitándoles sus hijas y mujeres, reduciéndoles á la servidumbre y excitando, con sus actos, la venganza de su tribu. Después de haber inmolado un sinnúmero de indios é incendiado sus chozas, ellos á su vez, habían sido inmolados. Aquel fuerte incendiado y aquellas blancas osamentas fueron el

primer monumento de las relaciones entre aquellas dos familias humanas de las que una de ellas traía á la otra la destrucción y la servidumbre. Colón lloró los crímenes de sus compañeros y las desgracias del cacique y resolvió ir en busca de otra plaza para el desembarque y establecimiento de sus hombres.

Entre las jóvenes indias cautivas de las islas vecinas y que estaban á bordo de las galeras, había una llamada Catalina, cuya hermosura había enamorado un cacique, el cual había visitado el navío almirante. Entre este cacique y el objeto de su amor, se tramó un complot recurriendo á signos que los europeos no comprendían. Al llegar la noche, Colón mandó izar anclas y Catalina y sus amigas burlando la vigilancia de sus tiranos se precipitaron á las ondas; perseguidas en vano por las lanchas españolas, nadaron en dirección á la playa donde el cacique, para que les sirviese de guía, había levantado una hoguera. Los dos amantes reunidos por este prodigio de fuerza y de destreza se refugiaron en las selvas al abrigo de la cólera de los europeos.

III

Desembarcando en una playa virgen á alguna distancia del fuerte, Colón fundó la ciudad de Isabela, contrajo relaciones de amistad con los indígenas, levantó, cultivó y gobernó la primera colonia europea que había de dar nacimiento á tantas otras, dispuso que sus hombres de armas visitaran los montes y los llanos de la Española, sujetó con buenas y suaves leyes las diferentes tribus que poblaban aquellas vastas regiones, levantó fuertes, y abrió caminos y buscó las minas de oro, mucho menos abundantes de lo que él creía en aquel país que seguía confundiendo con las Indias. Lo que encontró principalmente fueron las inextinguibles riquezas de un suelo pródigo y un pueblo que por su sencillez se prestaba á la servidumbre. Colón envió la mayor parte de sus carabelas á España, con objeto de pedir á sus reyes envíos de gente, de animales, de instrumentos de labranza, de plantas y semillas, tan necesarias á la inmensidad del territorio que iba á conquistar á las costumbres,

á la religión y á las artes de Europa. Pero los ambiciosos, los envidiosos y los descontentos fueron los primeros en embarcarse en la escuadra, sin más objeto que el de sembrar contra su jefe toda suerte de calumnias. Este quedó allí solo, atacado por la gota, sufriendo crueles dolores, viéndose condenado á la inacción del cuerpo, mientras su espíritu se hallaba en actividad constante luchando en su naciente colonia con las rivalidades, los complots, las sediciones, los excesos vergonzosos y las carestías que de vez en cuando tenían que sufrir sus hombres.

Indulgente y magnánimo, Colon que siempre triunfaba por su fuerza moral de las turbulencias de aquellos, se limitó á desterrar los más levantiscos á bordo de las naves que seguían fondeadas en la rada. Cuando sanó de su enfermedad recorrió la isla al frente de algunos hombres escogidos, para buscar en vano las minas de Salomón, pero estudiando al mismo tiempo la naturaleza de la isla, las costumbres de sus habitantes y sembrando en todas partes el amor y respeto de su nombre.

A su regreso encontró los mismos desórdenes, las mismas insubordinaciones y los mismos vicios en su gente,

Esta, abusaba de su superioridad con que la miraban los indígenas y del terror que les inspiraban sus caballos. Tomaban á éstos por móntruos que hacían una sola pieza con el ginete y que herían, hollaban y aplastaban á los enemigos de los europeos. Gracias á tal creencia éstos profanaban, encadenaban, violaban y martirizaban aquel dulce y obediente pueblo. Colón protestó una vez más contra esta tiranía de sus compañeros. Quería iniciarles en la fé, en la industria, en las artes de Europa y no sujetarlos al vicio, á la tiranía, á la muerte. Luego de restablecer el orden, se hizo á la vela para Cuba. Abordó en ella y costeó por algún tiempo sus playas sin que llegara á los confines de esta isla que siguió tomando por continente. Dirigió el rumbo hacia la Jamaica, otra isla de una extensión inmensa, cuyas cimas se confundían con las nubes. Cruzando en seguida un archipiélago que bautizó con el nombre de *Jardines de la Reina* por su riqueza, sus perfumes y la vegetación que lo adornaban, volvió otra vez á Cuba donde logró establecer algunas relaciones con los indios. Estos presenciaron con una extrañeza mezclada de respeto las ceremonias del culto cristiano que celebraron los europeos en una gruta som-

breada de palmeras. Un anciano indígena se acercó terminada la ceremonia á Colón y le dijo con acento solemne:

—"Lo que acabas de hacer me parece bien porque rindes culto al Dios del Universo. Dicen que vienes á este país con una gran fuerza y una autoridad superior á toda resistencia. Si es así, oye de mis labios lo que nuestros abuelos dijeron á nuestros padres y lo que éstos nos dijeron á nosotros. Después que las almas de los hombres se separan de los cuerpos gracias á la voluntad de los divinos seres, unas van á un país sin sol y sin árboles y otras á regiones llenas de claridad y de delicias conforme al premio ó castigo de que se han hecho merecedoras en la tierra. Si tú, pues, debes morir como nosotros, no nos hagas daño ya que nosotros no te lo hemos hecho.„

Este discurso del viejo indiano, transcrito por Las Casas, prueba que aquellos hombres tenían una religión casi evangélica por la sencillez y pureza de su moral, emanación misteriosa de una naturaleza primitiva que aun no había empañado el vicio, ó de una civilización antigua que iluminaba con puras y resplandecientes claridades sus viejas tradiciones.

IV

Colón después de un viaje largo y penoso volvió á la Española. Sus fatigas y ansiedades junto á sus sufrimientos y al peso de los años que no sentía su espíritu pero que doblegaba sus miembros, habían triunfado por algún tiempo de su genio. Así es, que sus marineros le condujeron á Isabela enfermo y casi moribundo. Mas la Providencia que no le abandonaba, velaba constantemente. Un día, en que perdió el sentido se encontró al volver en sí frente á frente de su hermano Bartolomé que permanecía á la cabecera de su lecho. Bartolomé Colón había ido desde Europa á la Española como si tuviera el presentimiento de los riesgos y necesidades en que se hallaba su hermano. Así como Diego Colón era la dulzura de su familia y Cristobal el genio, Bartolomé era su fuerza. El vigor de su cuerpo era igual al de su alma. Distinguíase por una estatura atlética, un temperamento de hierro, una salud robusta, un aspecto imponente y por el timbre de voz, que dominaba el rumor del viento y de las olas. Marino desde

sus tiernos años, soldado y aventurero en el curso de su vida, dotado por la naturaleza y la costumbre de esa audacia que impone la obediencia y de esa justicia que manda aceptar la disciplina, tan capaz de gobernar como de combatir, Bartolomé, era el lugarteniente que más podía convenir al almirante en una ocasión en que la anarquía imperaba, y además de esto era un hermano que profesaba tanto respeto como ternura al que representaba la gloria de su casa. El amor á la familia respondía á Colón de la felicidad de su segundo. El cariño que unía á los dos hermanos era la mejor garantía de la confianza del uno y de la sumisión del otro. Condenado por su enfermedad á la inacción y el reposo, Colón entregó á su hermano el gobierno y mando de la isla bajo el título de Adelantado. Este administrador más severo que Cristobal, inspiró más respeto; pero en cambio hizo brotar más resistencias.

La temeridad y perfidia de Alonso de Ojeda, suscitaron sangrientas y desesperadas guerras entre la colonia y los indios. Este intrépido aventurero, que había explorado con algunos ginetes las partes más lejanas é independientes de la isla, persuadió á uno de sus caciques ó reyezuelos que le acompañase con

gran número de indios para que pudiera convencerse de la grandeza y poder de los europeos. El cacique, seducido por sus palabras determinó seguirle. Después de algunos días de marcha y en un alto verificado á orillas de un río, Alonso de Ojeda, abusando de la sencillez del cacique, le mostró unas esposas de reluciente acero y le dijo que eran los brazaletes con que los reyes de Europa se acostumbraban á adornar ante sus súbditos, en las grandes ceremonias. Hizo entrar á su huésped en deseos de adornarse con ellas, de montar luego un corcel á la manera de los europeos y de ofrecerse ante los ojos de sus vasallos con ese pretendido aparato de los monarcas de Europa. Mas no bien el desdichado cacique hubo montado á la grupa del corcel teniendo en sus manos las esposas, cuando los ginetes de Ojeda partieron al galope arrastrando al prisionero en su carrera y cruzando la isla le llevaron á la colonia donde le mantuvieron con los hierros que él había deseado con tanta inocencia.

Esto dió motivo á una gran insurrección de los indios contra la perfidia de unos extranjeros á quienes habían recibido como huéspedes, como amigos, como bienhechores, como dioses. Tal insurrec-

ción dió lugar á represalias por parte de los españoles, que redujeron á la esclavitud á los indios. Después llenaron cuatro bajeles con las víctimas de su codicia y los mandaron á España donde los vendieron como si se tratase de un rebaño. Compensando así con el precio de estos esclavos, la falta del oro que creían recoger á la manera de polvo en aquellas regiones donde no había más que sangre, la guerra sostenida hasta entonces degeneró en cacería. Sólo que en vez de cazar animales se cazaba hombres. Trajéronse perros de Europa á los cuales se adiestró en la persecución de los indígenas que se refugiaban en las selvas y oliéndoles, destrozándoles y cogiéndoles por el cuello auxiliaban la devastación á que los europeos entregaron la comarca.

V

Restablecido en fin de su larga enfermedad, Colón volvió á apoderarse del gobierno y arrastrado por las luchas entabladas por los otros se hizo guerrero y pacificador luego de haber sido navegante; alcanzó sobre los indios batallas de-

cisivas, les sujetó á su yugo que endulzó con su bondad y su política y les impuso únicamente un ligero tributo de oro y de frutos de sus comarcas en signo de alianza más bien que de servidumbre. La isla volvió á florecer bajo su moderado y paternal gobierno; pero el infeliz y confiado Guacanigari, que fué el primero en recibir en sus dominios á sus huéspedes, avergonzado y furioso por haber contribuido involuntariamente á la esclavitud de su patria, huyó para siempre á las asperezas del monte y allí murió libre para no vivir esclavo bajo las leyes de los que habían abusado de sus virtudes.

Durante la enfermedad de Colón y esas agitaciones en la isla, sus enemigos trabajaban para perderle en el corazón y aprecio de sus reyes. Esto sin embargo, constante Isabel en la admiración que le inspiraba aquel grande hombre, le seguía protegiendo; mas no pudo evitar que la córte enviase á la Española un magistrado investido con poderes secretos, al cual se le autorizó para que informase acerca de los supuestos crímenes del virey, le destituyera del gobierno y le enviase á Europa si verdaderamente era culpable. Este juez, que se llamaba Aguado, llegó á la Española en ocasión en que el virey se hallaba al frente de

sus hombres en el interior de la isla dedicado á pacificarla y administrarla. Olvidando el reconocimiento que debía á Colón, primer autor de su fortuna, Aguado sin proceder á información alguna, declaró culpable al almirante y le destituyó provisionalmente del gobierno. Rodeado y aplaudido por los descontentos, mandó á Colón que fuese á la Isabela, capital de la colonia y que renunciara sus poderes. Defendido aquél por sus más fieles soldados, hubiese podido resistir las insolentes amenazas de Aguado; pero lejos de esto se inclinó obediente ante el nombre de sus reyes, y entregando á aquél la autoridad que de ellos había recibido, le dejó instruir el odioso proceso que contra él intentaban sus calumniadores y adversarios.

Pero en el momento que su fortuna cedía ante la persecución de estos últimos, le proporcionaba un favor con el cual podía reconquistar el de la córte. Habiendo Miguel Díaz, oficial de sus tropas, matado á uno de sus compañeros en duelo, huyó temiendo el castigo á la parte más lejana y salvaje de la isla. La tribu que en aquella vivía se hallaba gobernada por una jóven indiana de rara y singular hermosura, viuda de un cacique. Esta mujer concibió por el español

fugitivo un amor ardiente y se casó con él, pero Díaz amado y coronado por ella, no podía sin embargo olvidar su patría, ni disimular la tristeza que le ocasionaba aquel destierro. Un día en que su esposa quería arrancarle el secreto de su melancolía, averiguó que el oro era la pasión de los españoles y que éstos irían á habitar la comarca si tuviesen la esperanza de encontrar en ella aquel metal que tanto codiciaban. Regocijada la india al saber que de ese modo podría conservar á su lado al hombre que tanto amaba, le reveló la existencia de unas minas de oro inestinguibles que se hallaban ocultas en sus montes. Dueño de este secreto y en la seguridad de que con el obtendría su perdon, Díaz fué al encuentro de Colón á quien manifestó la existencia de aquel tesoro. Bartolomé, su hermano, partió con Díaz y una escolta en busca de las minas y á los pocos dias llegaron á un valle cuyo río tenía arenas auríferas y en el que las pepitas de oro brillaban en las rocas. El almirante hizo levantar un fuerte, ahondó y ensanchó unas minas que en otro tiempo habían sido ya explotadas, recogió en ellas inmensas riquezas que destinó á sus reyes y se persuadió más y más de que por fin había encontrado el Ofir antiguo. Entón-

ces Díaz, fiel y hondamente agradecido á la joven india á la cual debía su perdón, su fortuna y su dicha, hizo bendecir su unión con ella por sacerdotes de su culto y gobernó en paz aquella tribu.

VI

Colón después de este descubrimiento y cediendo sin resistencia á las órdenes de Aguado, se embarcó con su juez que emprendió rumbo hacia España. Llegó á Cádiz donde fué recibido por la incredulidad, el reproche y la calumnia. La España que aguardaba prodigios de su gran descubrimiento, no veía llegar de aquella tierra más que aventureros, gente que se quejaba y algunos esclavos desnudos. El infortunado cacique siempre sujeto á las esposas de Ojeda y conducido á España al objeto de ofrecerlo como un trofeo viviente á sus reyes, había muerto en la travesía maldiciendo la perfidia de los europeos y la confianza que le habían inspirado.

Colón, armonizando su traje con la tristeza y miseria de su estado, se diri-

gió á Búrgos, donde se hallaba la corte, en hábito de franciscano ciñendo su cuerpo una cuerda, lleno de años, de cuidados, de duelos y aflicciones y con los piés desnudos. Parecía que el genio iba á implorar el perdón de la gloria que había adquirido con sus descubrimientos y conquistas. Isabel fué la única que le recibió con tierna piedad obstinándose en creer en su virtud y sus servicios. Este favor constante aunque velado de la reina, sostuvo al almirante contra las acusaciones é injurias de los miserables cortesanos. Colón propuso nuevos descubrimientos y conquistas más vastas que las hasta entonces realizadas. Se accedió á confiarle el mando de otra escuadra; pero se le hicieron consumir en sistemáticas lentitudes los pocos años que en su edad ya avanzada podía Dios concederle. La piadosa Isabel, dándole títulos y poderes nuevos, quiso estipular á favor de los indios condiciones de libertad y humanidad que eran muy adelantadas á las ideas de su siglo. El corazón de la mujer desterraba por instinto una esclavitud que la filosofía y la religión no abolieron sino después de cuatro siglos. Por fin, completamente absuelto, Colón volvió á embarcarse dirigiendo el rumbo á su nueva pátria. Mas el odio y

la envidia le persiguieron hasta en la misma nave donde había de izar el pabellón de almirante. Briviesca, tesorero de Fonseca, patriarca de las Indias y enemigo encarnizado de Cristobal, se deshizo contra él en ultrajes en el mismo instante en que se levantaba el ancla. Colón, que gracias á la fuerza de su voluntad, de su paciencia y á la conciencia de su gran misión se había reprimido hasta entonces, no supo contenerse y estalló por primera vez lleno de indignación. Ante la postrer ignominia de sus enemigos volvió á ser hombre por un instante y cayendo desde la altura de su dignidad y con toda la fuerza de un brazo impulsado por el coraje sobre su indigno perseguidor le derribó en el puente y le despreció bajo sus plantas. Tal fué el adios dado por los celos de Europa al hombre que le parecía demasiado feliz ó demasiado grande para que fuese un mortal. Esta venganza de Colón dejó un nuevo resentimiento en el corazón de Fonseca y una nueva acusación que explotaron los enemigos del almirante. El viento que alejó su nave le alejó también de la playa y de las indignidades de su pátria.

VII

Llegado esta vez por otro rumbo á la isla de Trinidad, la explotó y la bautizó y después de haberla doblado, costeó la verdadera tierra americana cerca de la desembocadura del Oricono. La dulzura del agua del mar que probó en aquellas latitudes había de revelarle que cuando un rio da al Océano una masa de aguas bastante para desalar las suyas, es porque recorre un gran continente; pero Colón desembarcó en aquellas playas sin sospechar que eran las del mundo que buscaba. Las halló silenciosas y desiertas como una tierra que aguarda sus huéspedes. Una lejana humareda que brotaba por encima de los árboles de un bosque, una choza abandonada y algunas huellas en la arena de la playa fué todo lo que halló en el continente americano. Colón no hizo otra cosa que hollarlo y pasar en él una noche bajo la vela que le servía de tienda; pero esto era lo bastante para que pudiese dar su nombre al nuevo mundo.

VIII

Zarpó del golfo de Paria y luego de minuciosas investigaciones sobre aquellos mares, volvió á la isla Española. Sus penas así del alma como del cuerpo, su larga paciencia en España, la ingratitud de sus compatriotas, el odio de los ministros, las frialdades de Fernando, sus vigilias y trabajos y los achaques de la edad, le habían quebrantado con más rigor y energía que las tempestades y las olas. Sus ojos fatigados por el insomnio, por el examen de los mapas y la contemplación del firmamento, estaban inflamados; sus miembros flojos y atacados por la gota no podían sostenerle; pero su alma estaba sana y su genio adivinando el porvenir, le transportaba con el pensamiento más allá de sus sufrimientos. Bartolomé, su hermano, que durante su ausencia había gobernado la colonia, hubo de ser como antes su apoyo y su consuelo y no bien sus vigías anunciaron que se descubrían velas en el mar, cuando acudió á recibirle.

Entonces contó á Cristobal las vicisitudes que durante su ausencia había sufrido

la Española. No bien logró establecer en ella la tranquilidad y la paz, haciendo en su interior diferentes excursiones, los excesos de los españoles y las conspiraciones de sus jefes, echaron por tierra la obra de su vigor y sabiduría. Un superintendente de la colonia, llamado Roldán, hombre popular y astuto, se había creado un partido entre los marineros y los aventureros, que era como la espuma de España lanzada al nuevo mundo. Se había reunido con ellos en una playa opuesta á Santo Domingo y entrado en alianzas con los caciques de las tribus. Con esto pudo levantar un fuerte desde el cual desafiaba la autoridad de su legítimo jefe. Testigos los indios de las divisiones que separaban á sus tiranos se resistieron á pagar su tributo. La anarquía reinaba en todas partes, y únicamente el heroísmo de Bartolomé retenía entre sus manos sus girones. Ojeda había flotado por su cuenta algunos buques en España, había desembarcado en la costa meridional de la isla, se había unido á Roldán y éste en seguida le había hecho traición, reconociendo otra vez la autoridad del gobernador de la Española. Durantente esta anarquía que destrozaba la colonia, un joven español que se llamaba Fernando de Gue-

vara inspiró una ardiente pasión á Anacoana, viuda del cacique que Ojeda se había llevado á España y que había muerto en el viaje. Anacoana era aun joven y se había hecho célebre en su tribu por su gran hermosura y por su talento poético que hacía de ella la adorada síbila del pueblo. A pesar de la desgracia de que fué víctima su esposo, había concebido grande admiración y una simpatía invencible hacia los españoles. La comarca que ella gobernada con su hermano se había convertido en su asilo. Anacoana les concedía la hospitalidad, les llenaba de oro y les protegía en sus desgracias. Sus súbditos más civilizados que los otros indios, vivían en paz, ricos y felices al amparo de sus leyes. Roldán que gobernaba parte de la isla sometida á la india se sentía celoso por la influencia que Fernando Guevara ejercía en su corte. Así es que le ordenó que se embarcara. Guevara retenido por la india, no quiso obedecerle y conspiró contra Roldán; mas sorprendido por los soldados de éste en la vivienda de Anacoana fué conducido á Isabela para que se le juzgase. Una expedición que salió de la capital de la colonia bajo el pretexto de recorrer la isla, fué perfectamente recibida en la corte de la prince-

sa. El jefe de aquella, abusando de la confianza y hospitalidad de Anacoana, hizo que ésta invitase á treinta caciques de tribus que estaban situadas al mediodía de la isla, á las fiestas que se iban á celebrar para obsequiar á los extranjeros. Mientras los indios se entregaban á sus bailes y festines, los españoles conspiraban al objeto de esparcir entre ellos la muerte y el incendio. Convidaron á la reina, á su hija, á los treinta caciques y al pueblo, á contemplar las evoluciones que debian hacer con sus caballos simulando un combate ó una especie de torneo. De pronto los ginetes hendieron la muchedumbre que se había reunido sin armas y con objeto de presenciar la fiesta en la plaza y la acuchillaron y la aplastaron con los piés de sus corceles. Rodeando luego con su infantería el palacio de Anacoana lo incendiaron cuando se sentía aun en él el vapor del festín á que se habían sentado por invitación de aquella reina y contemplaron como la joven espiraba entre las llamas invocando sobre ellos la venganza de los dioses.

Este crimen contra la hospitalidad, contra la inocencia, contra la soberanía, contra la belleza y el genio de que Anacoana era símbolo entre los indios, esparció tanto horror é indignación en la

isla, que Colón no pudo triunfar de ellos á pesar de toda su virtud y su política. Las llamas y la sangre del palacio de aquella reina cuya belleza les deslumbraba y cuyos nacionales cantos les embriagaban de amor y entusiasmo, se elevaron para siempre entre los opresores y los oprimidos. La isla se convirtió en un destierro, en un campo de matanza, en un cementerio de los desgraciados indios. Los españoles tan fanáticos en su proselitismo como intransigentes en su avidez y su codicia, preludiaron en aquellas regiones los excesos con los cuales más tarde habían de despoblar á México. Aquellas dos razas al darse un abrazo se ahogaron.

IX

Mientras Colón estudiaba los medios para reparar y devolver la calma á uno y otro pueblo, el rey católico, mal informado por sus numerosos enemigos de las desgracias de la isla, imputaba estas últimas al hombre empeñado en evitarlas. Cristobal Colón había rogado á la corte que le enviase un magistrado de elevado rango para que con su autoridad

y sus fallos dominara á sus indisciplinados compañeros. El rey le envió á Bobadilla, hombre íntegro pero fanático, y de indomable orgullo. La autoridad mal definida con que se hallaba investido por el decreto real le subordinaba y le hacía superior á cualquier otro poder á un mismo tiempo. Al llegar á la isla y hallándose muy prevenido contra el almirante, ordenó que inmediatamente se presentase ante él como acusado y le mandó cargar de cadenas por sus mismos soldados. Acostumbrados éstos al respeto y amor que siempre les había inspirado su jefe el cual se les había hecho más venerable por su gloria y por sus años, permanecieron inmóviles ante las órdenes de Bobadilla, como si éste les hubiese mandado la ejecución de un sacrilegio. Pero Colón, tendiendo sus manos á las esposas y sus piés á los grilletes, se dejó atar por uno de sus servidores llamado Espinosa, verdugo voluntario, miserable estipendiado del cual Las Casas nos ha conservado el nombre, como un tipo de ingratitud y de insolencia.

Colón, dispuso así mismo que sus dos hermanos, Bartolomé y Diego que estaban en el interior de la isla al frente de su ejército depusiesen las armas y se

sometiesen á su juez sin resistencia. Encerrrado en un calabozo de la Isabela tuvo que sufrir durante muchos meses la instrucción de su proceso donde todos sus enemigos convertidos en acusadores descargaron sobre él las más viles y odiosas calumnias. Siendo objeto de público sarcasmo el célebre navegante oía desde el fondo de su cárcel las feroces burlas y la gritería de sus perseguidores que todas las noches iban á insultarle á su cautiverio. A cada instante le parecía que iba á entrar su verdugo. Bobadilla, sin embargo, no tuvo valor para mandárselo, pero dispuso que el almirante fuese expulsado de la colonia y enviado á España á fin de que el rey hiciese en él justicia. Alonso de Villejo, fué encargado de su guarda en aquel viaje. Era éste un hombre de gran corazón, fiel á la disciplina militar y misericordioso hasta en la misma obediencia. Cuando Colón le vió entrar en su mazmorra creyó que había llegado su último día.

—¿A dónde me conducís?—preguntó, interrogando con su voz y con sus ojos al oficial.

—A las naves, donde sereis embarcado,—le respondió Villejo.

—¿Donde seré embarcado?—interrogó Colón que no podía creer aquel mensaje

que le devolvía una existencia que consideraba ya perdida;—¿no me engañais, Villejo?

—No, señor almirante, —replicó el oficial;—juro que digo la verdad.

Villejo dió el brazo á Colón y le hizo subir á bordo llevando aun sus cadenas y perseguido por los insultos de una vil y cobarde muchedumbre.

Mas no bien se levantó el ancla, cuando Villejo y Andrés Martín, capitanes de la nave que se había convertido en calabozo flotante del célebre marino, se acercaron á él seguidos por toda la tripulación al objeto de quitarle sus cadenas, que eran para Colón un signo de obediencia á sus reyes y de iniquidad para los hombres; pero aquél rechazó obstinadamente el que le aliviaran de ellas diciendo:

—"No; mis soberanos dispusieron que yo obedeciese á Bobadilla y éste me ha cargado de cadenas en su nombre. Las llevaré hasta que ellos mismos las quiten y las conservaré—añadió con amargura y tristeza—como un monumento de la recompensa que los hombres han concedido á mis servicios.„

Su hijo cuenta lo mismo que Las Casas, que el almirante cumplió religiosamente esta promesa: tuvo siempre colga-

das ante sus ojos aquellas cadenas en todas las habitaciones donde vivió el resto de su vida y hasta dispuso en su testamento que le enterrasen con ellas en su féretro, como si tratase de apelar ante Dios de la injusticia é ingratitud de sus contemporáneos.

X

Mas los odios de los partidos no cruzaron entonces los mares. El despojo de su gobierno, el cautiverio sufrido por el almirante y las cadenas conque se rodeó su cuerpo, sublevaron la indignación de Cadiz. Al ver aquel anciano que había regalado un mundo á su patria, traido de aquel mundo como si fuese un criminal vil y miserable, todos los corazones hubieron de sublevarse contra el torpe Bobadilla. Isabel que se hallaba entonces en Granada, vertió lágrimas por tal indignidad é inmediatamente ordenó que sus cadenas fuesen reemplazadas por ricos y espléndidos vestidos y que sus carceleros fuesen sustituidos por una escolta de honor. Llamole á su córte y el almirante cayó á sus piés sin que sus sollozos le permitiesen pronunciar una frase. Ni el rey ni la reina se dignaron examinar el

proceso que contra él se había formado: sus virtudes y el respeto que les inspiraba le absolvían. Hicieron que Colón permaneciese con ellos en la córte y enviaron á la Española y como gobernador á un tal Ovando con el encargo de sustituir la autoridad de Bobadilla. Ovando, era un hombre íntegro; pero carecía de grandeza de alma. Era uno de esos caractéres en que todo se ofrece de un modo estrecho y mezquino y en que la honradez se parece á una parsimonia de la naturaleza. Con tales condiciones no podía suplir las de un grande hombre. Recibió de Isabel órdenes para protejer á los indios y no permitir que se les vendiera como esclavos. La parte de las rentas asignadas á Colón en los tratados debía serle enviada á España así como los tesoros de que le había desposeido Bobadilla. Una escuadra de treinta velas, condujo al nuevo gobernador á la Epañola.

Insensible Colón á la vejez, y no siendo ya víctima de persecuciones, sentíase impaciente en su reposo y entre los honores que le dispensaban los reyes. Vasco de Gama acababa de descubrir el camino de las Indias por el cabo de Buena Esperanza. El mundo se había quedado admirado y sorprendido ante el descubrimiento del marino portugués. Una no-

ble rivalidad trabajaba el espírítu del de Génova. Convencido de que el globo tenía una forma redonda creía llegar á sus extremos del Este navegando recto hácia Oriente. Solicitó de la corte de España el mando de una cuarta expedición y se embarcó en Cadiz el 19 de Mayo de 1502. Este fué su último viaje. Su hermano Bartolomé y su hijo Fernando le acompañaban. Su flota la formaban cuatro navecillas propias para navegar en las costas y fondear sin gran riesgo en las bahías y en las embocaduras de los rios que se proponían esplorar. Su tripulación se componía de ciento cincuenta marineros. Por más que frisara ya en los setenta años, su verde vejez resistía por el temple de su alma, el peso de los años. Ni sus achaques, ni la perspectiva de la muerte hubieron de asustarle.

"El hombre, decía, es un instrumento que debe romperse en su obra y en manos de la Providencia que se sirve de él para sus designios. Mientras el cuerpo puede, el alma debe mostrarse exigente.„

Se proponía abordar en la Española para renovar sus vituallas, á cuyo objeto había pedido á la córte la autorización correspondiente. Franqueó el Océano en medio de tempestades y llegó á

la isla con sus palos rotos, sin agua y sin provisiones. Su saber en cosas de la mar presagiaba un huracán mucho más terrible que los que había sufrido. Envió una chalupa al gobernador Ovando, pidiéndole licencia para guarecerse en la rada de la Isabela. Preveyendo los riesgos que el Océano iba á desencadenar en aquellas costas, Colón en su carta á Ovando le aconsejaba que detuviera la salida de una numerosa escuadra que iba á partir cargada con todos los tesoros del nuevo mundo en dirección á España. Ovando negó despiadadamente el asilo que por un momento le pedía el célebre marino, el cual se alejó de allí buscando un abrigo en otras bahías de la isla que él mismo había descubierto. En una de ellas aguardó la tormenta que había predicho á Ovando. Aquella sumergió en las profundidades del Océano la flota del gobernador junto con sus tesoros y un millar de tripulantes. Colón hubo de resistirla en la bahía donde se había guarecido y al saber la triste suerte de la escuadra no pudo menos de llorar la pérdida de tantos hombres. Luego dejó aquella inhumana tierra, cruzó en frente de la Jamaica y desembarcó en la bahía de Honduras.

Allí tuvo que sufrir sesenta días de

una tempestad continuada yendo del continente á las islas y de estas al continente, y á punto de naufragar en aquellas desconocidas playas cuya conquista le disputaban las borrascas.

Al llegar á la desembocadura de un río que bautizó con el nombre de playa del Desastre, perdió una de sus naves y los cincuenta hombres que la tripulaban.

El mar se obstinaba en cerrarle el camino de aquellas Indias que él creía entrever á cada instante por cuyo motivo ancló entre una isla hermosísima y el nuevo continente. Visitado por los indígenas, embarcó siete de ellos en sus naves para familiarizarse con su idioma y obtener informes de aquellas latitudes. Costeó una tierra muy abundante en oro y perlas de que se adornaban sus indígenas y á principios del año 1504 remontó el río de Veragua y ordenó á Bartolomé su hermano, que al frente de sesenta españoles fuese á explorar las aldeas situadas á orillas de aquel río y descubriera la situación de los criaderos auríferos. Bartolomé solo encontró bosques y salvajes. El almirante dejó aquel río y penetró en otro cuyas riberas se hallaban pobladas de indios que prodigaban su oro á los marineros á cambio de sus fruslerías de Europa. Creyó que

había llegado á la realización de sus sueños y quimeras; mas la guerra hubo de estallar entre aquel puñado de europeos y las numerosas tribus que poblaban las orillas de aquel río. Bartolomé Colón venció y prendió con su propia mano á un cacique, reputado como el más esforzado y temible de los indios. Una aldea que los españoles habían levantado en la playa á fin de comerciar con las poblaciones del interior fué cierta noche cogida é incendiada por los salvajes cuyas flechas dejaron muertos ocho españoles entre los restos de sus cabañas. Bartolomé reanimó el valor de sus hombres y atacando á los indígenas les rechazó al interior de sus selvas, pero la animosidad y la antipatía crecieron entre ambas razas y un día los indios, montados en sus canoas, asaltaron la chalupa de la escuadra española que remontaba aquel río. Todos los europeos que en ella iban fueron desapiadadamente inmolados. Durante esta encarnizada lucha retenido Colón á bordo de su nave por su debilidad y sus achaques, guardó en ella al cacique y los jefes indios que habían caído prisioneros. Informados éstos de la devastación que había sufrido su comarca y sabiendo que sus mujeres vivían también en el cautiverio,

quisieron cierta noche violentar la puerta del calabozo en que estaban encerrados; mas despertada la tripulación á los esfuerzos hechos para abrir aquella, les rechazó á su interior y atrancó con una barra de hierro aquella puerta. Al día siguiente cuando esta fué abierta para llevarles la comida no se hallaron más que cadáveres. Con objeto de escapar á la servidumbre aquellos salvajes se habían muerto unos á otros.

XI

Separado por las rompientes, de Bartolomé su hermano, que había llegado á tierra con los restos de su expedición, Cristobal para relacionarse con él tuvo que apelar al valor de uno de sus oficiales que salvó á nado los escollos y le llevó acerca de él las más siniestras noticias. Colón no podía alejarse de sus compañeros ni abandonarles en sus desastres. La inquietud, la perspectiva de naufragio sin un testigo que revelase el hallazgo de aquella tan funesta y deseada tierra; todo esto doblegaba su constancia heróica y su resignación piadosa á las órdenes de Dios de quien se consi-

deraba á un mismo tiempo el enviado y la víctima. Hé ahí cómo describe durante aquellos insomnios el estado de su espíritu:

"Completamente rendido, yo me sentía aletargado cuando una voz llena de compasión y de dolor pronunció á mi oído estas frases: "¡Insensato! ¡Hombre que no quieres creer ni servir á Dios, el Dios del Universo! ¿Obró de otra manera con Moises y con David sus servidores? Desde el día que naciste se ha tomado en tí el mayor cuidado. Ya hombre ha hecho resonar tu obscuro nombre en todos los ámbitos del mundo; te ha dado las Indias, esta parte favorecida de su creación; hizo que encontraras la llave que cerraba las barreras del inmenso Océano, hasta hoy día infranqueables. Vuelve hacia él y bendice su gran misericordia. Si hay que realizar otra grande empresa, tu edad no será obstáculo á que se cumplan sus designios. ¿Por ventura Abraham no tenía más de cien años cuando engendró á Isaac? ¿Era joven Sara? ¿Quién dió lugar á tus aflicciones? Dios ó el mundo? Las promesas que te hizo las ha cumplido: jamás te ha dicho, luego de recibir tus servicios que tú no le hubieses comprendido. El paga cuanto debe y aun mucho más. Lo que

estás sufriendo es el precio de tus trabajos y peligros sirviendo á otros señores. No temas y fía en tu desesperación misma. Todas estas tribulaciones se hallan escritas en mármol; y esto no es sin motivo porque es necesario que las sufras. ¡Y la voz que se expresó en estos términos rehizo mi constancia y me llenó de consuelo!„

XII

Calmáronse las tormentas y ambos hermanos, por tanto tiempo separados lograron unirse en sus buques y se dirigieron con lentitud hacia la isla Española. Una de las tres carabelas se hundió á consecuencia de sus desperfectos en los abismos del mar á poca distancia de la playa. Al almirante no le quedaron más que dos viejas y destartaladas naves donde reunió todos sus hombres. Estos se hallaban en el mayor abatimiento: se habían agotado los víveres; carecían de fuerzas; las naves habían perdido sus áncoras; hacían agua y los gusanos y otras alimañas habían hecho en ellas tantos agujeros que parecían, según la frase de Colón, un gran panal de miel.

Los vientos y la mar siempre desapiadados le rechazaban desde la Española á la Jamaica y sus navíos, pronto á hundirse en los líquidos espacios, sólo le permitieron embarrancar en la arena de una playa desconocida, atarlos uno á otro, con cables y maderas que hicieron de los dos un solo bloque, levantar sobre sus dos puentes reunidos tiendas para sus hombres y esperar en tan horrible situación el auxilio de la Providencia.

Atraidos los indios por el espectáculo del naufragio y de aquella fortaleza alzada por extranjeros en las arenas de sus playas cambiaron con ellos sus víveres por algunas fruslerías, cuya novedad tenía gran precio á sus ojos. Esto sin embargo, transcurrían los meses, se agotaban los víveres y los terrores del porvenir y los sediciosos murmullos de sus hombres ponían en gran ansiedad al almirante. Su situación podía ser remediada enviando un mensaje á Ovando gobernador de la Española. Mas la Jamaica estaba separada de aquella isla por cincuenta leguas de mar y para salvarlas sólo tenía á su disposición una canoa de salvajes. ¿Qué hombre, bastante generoso para sus hermanos podía arriesgar su existencia contra un elemento tan vasto y peligroso cual el mar, embarcán-

dose en el ahuecado tronco de un arbol y sin otro auxilio que un remo? Cierta noche Colón pensó en Diego Méndez, jóven oficial de su escuadra, quien en otros extremados apuros ya había mostrado el olvido de sí mismo que constituye los héroes y realiza los milagros. Le hizo llamar á su lecho donde le retenía la gota y le dijo:

—"Hijo mio: de cuantos estamos aquí vos y yo somos los únicos que comprendemos nuestro riesgo cuya perspectiva no es otra que la muerte. Sólo nos queda un medio para salvarnos. Es indispensable que uno se exponga á morir para salvar á los otros. ¿Quereis ser vos ese hombre?

A lo que Méndez replicó:

—Yo, señor almirante, me he sacrificado ya varias veces por mis hermanos; pero no falta quien por ello murmure y diga que siempre me ve favorecido por vos cuando se trata de realizar una acción algo brillante. Proponed, pues, mañana á mis compañeros el desempeño de la misión objeto de esta plática y si nadie la acepta corre de mi cuenta el llenarla.

El almirante hizo al siguiente día lo que le había indicado el mancebo. Consultados los demás hombres todos con-

vinieron en la imposibilidad de realizar aquella gran travesía sobre un pedazo de madera que se convertiría en juguete del viento y de las ondas. Entonces adelantó Mendéz y dijo con modestia:

—"Solo tengo una vida que perder y me hallo dispuesto á sacrificarla en servicio vuestro y por la salvación de todos: ¡que Dios me proteja!

Y se embarcó en la frágil canoa y se perdió en las brumas del horizonte seguido por los ojos de todos, cuya vida estaba ligada á la suya.

XIII

La falta de esperanza, el aislamiento absoluto del mundo conocido y el exceso de la desgracia hubieron de agriar contra el almirante el ánimo de sus compañeros los cuales le imputaban su infortunio. Dos de sus oficiales más queridos, Diego y Francisco de Porras, á quienes había tratado como dos hijos dándoles en la escuadra los mandos más principales, fueron los primeros en insultarle, calumniarle y promover la insurrección entre sus hombres. Aprovechando un recrudecimiento de la enfermedad que sujetaba en el lecho al almi-

rante y arrastrando una gran parte de marineros y soldados se apoderaron de casi todas las armas y vituallas y dando con sus cómplices el grito de viva Castilla, cubrieron á su jefe de injurias y denuestos. En vano Colón, que nada podía hacer en su dolencia y que sólo podía alzar sus manos al cielo, les suplicó que recordaran sus deberes: aquellos hombres le reprochaban su vejez, la blancura de sus cabellos, su enfermedad, sus achaques y fueron bastante audaces para levantar contra él sus aceros. Entonces Bartolomé cogió una lanza, se colocó entre los amotinados y su hermano á quien unos criados sostenían y secundado por una parte de la tripulación que se había mantenido fiel, salvó la vida y la autoridad de Cristobal. Los dos Porras y cincuenta de sus hombres abandonaron las naves, asolaron la comarca, se atrajeron con sus crímenes el odio de los indígenas, trataron de construír, bien que inutilmente, embarcaciones para dirigirse á la Española, algunos de ellos murieron en la tentativa, atacaron á Colón y sus hombres en las mismas naves, fueron vencidos por el intrépido Bartolomé que mató á Francisco Porras su jefe, hasta que por fin se sometieron rogando á Colón que perdonara su ingratitud y des-

obediencia. Entre tanto Méndez había sido guiado por la Providencia y en su frágil canoa sobre aquel desierto de agua, fué á parar sobre los escollos de la Española. Conducido á través de la isla por sus mismos naturales, llegó después de grandes riesgos y fatigas á la colonia de Ovando. Participó á éste el mensaje de su jefe y le habló de la situación desesperada en que le había colocado la desgracia. Pero ya fuese por incredulidad, ya porque desease la ruina de un rival harto grande, aquel hombre dejó pasar muchos días y hasta meses sin enviar á Colón auxilio alguno hasta que, por fin, mandó á la Jamaica una pequeña nave gobernada por un tal Escobar, quien tenía órdenes para reconocer la situación de los buques náufragos pero sin que abordase en la costa y sin que ni tan siquiera pudiese hablar á sus tripulantes. Así es que el buque de Escobar apareció y desapareció cierta noche á los ojos de Colón y de sus hombres con tal misterio que en su superstición creyeron que era el fantasma de una nave que iba allí para profetizar su muerte.

Por fin Ovando resolvió mandar buques al almirante con objeto de arrancarle á la sedición y al hambre. Después de diez y seis meses de permanencia en

aquellas tristes y solitarias playas, Colón lleno de años, de reveses y fatigas volvió á aquella isla que él había convertido en un imperio y de la que se veía desterrado por la ingratitud y la envidia. En ella pasó algunos meses, siendo bien recibido—cuando menos en la apariencia—en casa del gobernador; pero sin ninguna influencia en su gobierno, viendo gozar del favor á sus constantes enemigos, expulsados ó perseguidos sus mejores amigos y llorando sobre la ruina y la esclavitud de aquella tierra que había descubierto como el jardín del mundo y que veía convertida en tumba de sus indios queridos. Confiscados sus bienes, dilapidadas sus rentas, despobladas sus tierras, Colón se dejó deslizar por la triste pendiente de la vejez, de la enfermedad y de la miseria. Lanzado por fin con su hermano, su hijo y algunos servideres á un navío que regresaba á España, un mar implacable le llevó de tormenta en tormenta hasta San Lúcar donde abordó en 7 de Noviembre y desde aquel punto se dirigió á Sevilla, vencido en sus fuerzas, moribundo en el cuerpo, invencible en el espíritu, inmortal en su voluntad y su esperanza.

XIV

El poseedor de tantas islas y continentes carecía de un techo donde guarecerse.

"¡Si quiero comer ó dormir, escribía desde Sevilla á su hijo, tengo que llamar á la puerta de una posada y con frecuencia no tengo con qué pagar mi comida y mi cama!„

Sus desgracias é indigencia eran para él más tolerables que la miseria de sus compañeros y servidores que había unido con tantas esperanzas á su destino y que le reprochaban su decepción y su infortunio. Colón escribió en su favor al rey y á la reina: pero Diego Porras, aquel sublevado que debía la existencia á la generosidad del almirante, llegó antes que él á la corte y previno en contra suya el ánimo de Fernando.

"He servido á Vuestras Majestades, escrbiía Colón á sus reyes, con el mismo celo y constancia que yo hubiera empleado para alcanzar el cielo y sino he podido hacer más ha sido porque mis fuerzas no lo han permitido.„

Confiaba no sin razón en la justicia y favor de la reina Isabel su protectora; mas este gran sostén de su causa iba

también á faltarle. La esposa de Fernando moría lentamente á consecuencia de haber perdido la hija que más quería. Próxima á lanzar el último suspiro conconsignó en su testamento la última prueba de humildad en el elevado rango en que le había colocado el destino y un testimonio de su cariño y su constancia hacia al esposo con el cual quiso permanecer unida hasta después de su muerte.

Hé ahí lo que decía en su testamento:

"Ordeno que mi cuerpo sea enterrado en la Alhambra de Granada en una tumba que se halle al nivel del suelo y que pueda ser hollada con los piés: que mi nombre sea grabado en una sola y sencilla piedra. Pero si el rey mi señor elige sepultura en cualquier otra parte de nuestros reinos deseo que mi cuerpo sea exhumado, llevado y enterrado al lado suyo á fin de que la unión de nuestros cuerpos en la tumba, signifique y atestigüe la unión de nuestros dos corazones en vida, así como espero que Dios en su infinita misericordia permitirá que nuestras almas se unan en el cielo.„

"¡Oh, hijo mio! escribió Colón á Diego, su hijo, al saber la muerte de su protectora; que esto te enseñe lo que debes hacer ahora: enconmienda al cielo piadosa y afectuosamente el alma de la reina nues-

tra soberana. Fué una mujer buena y santa. Podemos estar ciertos de que goza de la gloria eterna y que Dios la ha recibido en su seno donde no sentirá ya los cuidados y tribulaciones de este mundo. También te recomiendo que veles y trabajes por el servicio del rey, jefe de la cristiandad. Recuerda al pensar en él que cuando la cabeza sufre, los demás miembros padecen. Todo el mundo debe rogar por el consuelo y la conservación de sus días; pero á nosotros nos corresponde orar mucho más porque somos sus servidores.„

Tal era el agradecimiento y fidelidad del navegante en el colmo de su desgracia. Pero la muerte de Isabel no arrastraba consigo su fortuna sino también su vida. Detenido en Sevilla por sus crecientes achaques no tenía otros consuelos que el prodigado por su hermano Bartolomé y su hijo don Fernando. Este jóven que sólo contaba diez y seis años, revelaba todas las prendas que caracterizan al hombre ya maduro unidas á las gracias de la adolescencia.

"Amale como un hermano, escribía Colón á su hijo Diego, que se hallaba entonces en la córte; no tienes otro. Aunque tuvieses diez hermanos, no te sobrarían. Mis hermanos han sido siempre mis mejores amigos.„

Rogó á Bartolomé que condujera á D. Fernando á la córte y que lo recomendara á D. Diego, su hijo legítimo. Bartolomé partió con Fernando á Segovia que era donde residía entonces la corte y donde solicitó en vano alguna protección para su hermano. Cuando la primavera hubo templado los rigores del frio, Colón acompañado de Bartolomé y sus hijos se dirigió también á Segovia. Su presencia en la córte hubo de parecer al rey inoportuna: su indigencia equivalía á un reproche. El expediente instruido sobre su conducta y la restitución de sus bienes y privilegios fué remitido al Consejo quien sin que se atreviera á negar sus derechos recurrió á dilaciones que gastaron su vida y su paciencia. Su inquietud, la ansiedad en que vivía al prever la triste situación en que dejaría á sus hermanos é hijos, agravaron sus sufrimientos corporales.

"Vuestra Majestad, escribía al rey, desde su lecho de dolor, no juzga que debe cumplir las promesas que me hizo juntamente con la reina que esté en gloria. Luchar contra vuestra voluntad, sería lo mismo que luchar contra el viento. He hecho lo que debía hacer; que Dios que me ha sido siempre propicio, haga el resto conforme á su divina justicia.„

Sintió que la vida ya que no la cons-

tancia iba á faltarle. Su hermano Bartolomé y su hijo Diego, se habían ausentado por su orden para echarse á los piés de la reina doña Juana, hija de Isabel que iba á Castilla desde Flandes. El dolor físico, la angustia moral, la conciencia de que se abreviaban sus días harto cortos para aguardar que antes de morir se le hiciera justicia; el triunfo de sus enemigos en la córte; las burlas de los cortesanos; la frialdad del rey; el presentimiento de que iba á llegar su última hora; el aislamiento en que le dejaba la ausencia de su hermano y de su hijo, el recuerdo de una existencia cuya mitad se había pasado esperando la hora de un gran destino y la otra mitad deplorando la inutilidad del genio; su compasión hacia aquellos indios que había encontrado libres y viviendo como niños en su jardín de delicias y que después fueron profanados, despojados, convertidos en esclavos, por sus crueles opresores; la idea de que sus hermanos se quedaban sin apoyo y sus hijos sin herencia; las dudas acerca del concepto que merecería á las generaciones futuras su memoria; los dolores de su cuerpo, las tribulaciones de su espíttitu, el recuerdo de lo pasado, la angustia de lo presente, el miedo del porvenir; todo esto pasaba á un mismo tiempo sobre el

corazón y la cabeza del pobre anciano, que seguía abandonado en su casa de Segovia por la ausencia de sus hermanos y sus hijos. Pidió á uno de sus servidores, viejo y último compañero de sus viajes, que trajera á su lecho un breviario, presente que le había hecho el papa Alejandro VI cuando los soberanos le trataban como si fuese un soberano. Colón escribió con temblorosa mano su testamento en una página de aquel libro al cual atribuía una virtud de consagración divina.

¡Extraño y sorprendente espectáculo para el hombre que le servía! Aquel anciano olvidado por el mundo, tendido sobre un pobre y miserable lecho en una casa de huéspedes de Segovia, distribuía en su testamento, mares, islas, continentes, imperios, naciones, hemisferios! Instituyó por heredero universal á su hijo legítimo Diego; en caso de que éste muriera sin sucesión le sustituía su hijo natural Fernando; y si éste, en fin, moría sin hijos, la herencia pasaba á su querido hermano Bartolomé y sus descendientes.

"Ruego á mis soberanos, decía, que mantengan esta mi voluntad en lo que se refiere á la distribución de mis derechos, de mis bienes y de mis títulos; puesto que siendo hijo de Génova vine á poner-

me al servicio de Castilla y puesto que descubrí en el Oeste la tierra firme, las islas y las Indias... Mi hijo debe heredar mi título de almirante de la parte que se encuentra en el Oeste tirando una línea que vaya de un polo al otro polo...„

Pasando en seguida al empleo que debían tener las rentas aseguradas en su tratado con Isabel y Fernando, el anciano distribuía con gran liberalidad y discreción los millones que debía percibir su familia entre sus hijos y Bartolomé su hermano. Señalaba un cuarto á este hermano y dos millones de renta anuales á Fernando su segundo hijo. Se acordaba también de la madre de este último doña Beatríz Enríquez, con la cual no se había unido en matrimonio. Su conciencia le reprochaba el abandono en que la había tenido durante su larga peregrinación en el Océano. Encargó á su heredero que satisficiera una espléndida pensión á esta compañera de sus obscuros días y en la época en que luchaba con todos los rigores de la suerte. Se acusó también de cierta ingratitud ú olvido por esta mujer, objeto de su segundo amor y en el legado con que la favorece deja escapar estas frases:

"¡Y que esto se ejecute en descargo de mi conciencia, pues el nombre de doña

Beatriz y su recuerdo son como un peso que mortifica mi alma!„

Hablando luego de su primera patria cuyo recuerdo no destruye en el corazón del hombre una segunda patria, Colón cita en su testamento la ciudad de Génova, en que el tiempo había desarraigado la casa de sus padres pero donde existía algún pariente lejano como esas raíces que quedan en el suelo cuando el tronco de un árbol se ha cortado.

"Ordeno á Diego, mi hijo, decía, que mantenga en la ciudad de Génova un miembro de nuestra familia el cual residirá en ella con su mujer; y le asegurará una existencia honrosa tal como exigen los lazos que con ella nos unen. Y es mi voluntad que ese pariente sea vecino y ciudadano de Génova, pues allí nací y de allí vine.

"Que mi hijo, añadía con ese sentimiento caballeresco que abrigaban los hombres de entonces hacia su soberano, el cual era la segunda religión de aquel tiempo; que mi hijo sirva en memoria mía al rey, á la reina, y á sus sucesores, aunque tenga que perder sus bienes y la vida, ya que después de Dios, ellos fueron los que me proporcionaron los medios para realizar mis descubrimientos.

"Bien es verdad, añade con cierta in-

voluntaria amargura, que vine á ofrecérselos desde muy lejos y que pasó mucho tiempo antes de que se dignasen aceptar mi presente; mas esto era muy natural, ya que no dejaba de ser para todo el mundo un misterio en el que nadie creía. Hé ahí por qué debo dividir mi gloria con los soberanos que me concedieron su crédito.„

XV

Colón dirigió en seguida todos sus pensamientos hacia Dios que consideraba como el único y verdadero soberano: pareciole que dependía directamente de la Providencia de quien había sido instrumento y ministro al mismo tiempo. La resignación y el entusiasmo, estos dos resortes de su vida, no le faltaron en la hora de su muerte. Humillose bajo la mano de la naturaleza y se irguió bajo la de Dios, á quien siempre había visto por entre sus reveses y triunfos y que veía aun de más cerca en el instante en que abandonaba la tierra. Abismose en el arrepentimiento de sus faltas y en la esperanza de su doble inmortalidad. Poeta de corazón, según se le vió en sus escritos y discursos, pidió á la poesía sagrada de los salmos las últimas inspiracio-

nes de su alma y el postrer murmullo de sus labios. Pronunció en latín su supremo adios al mundo y entregó en alta voz su alma al Criador Supremo, como un servidor satisfecho de su obra y despedido del mundo visible que había engrandecido, para ir al mundo invisible y apoderarse del espacio inconmensurable de los universos infinitos.

XVI

La envidia y la ingratitud de su siglo y de su rey se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre que convirtieron en su víctima. Los contemporáneos de los hombres célebres, se apresuran cuando estos mueren á expiar las persecuciones con que suelen mortificarles. Así es que se tributaron á Colón funerales verdaderamente regios. Su cuerpo y más tarde el de su hijo, después de ocupar sarcófagos en diferentes iglesias de España fueron trasladados conforme á su voluntad á la isla Española. Hoy día se hallan en Cuba. Mas por un extraño juicio de Dios ó por una ingrata inconsecuencia de los hombres, de todas aquellas tierras de América que se disputaron la honra de guardar sus cenizas, ninguna conserva su nombre.

XVII

Todos los caractéres del verdadero grande hombre se hallan reunidos en Colón; genio, trabajo, paciencia, obscuridad de la suerte vencida por su extraordinaria constancia, obstinación dulce pero infatigable para la realización de un fin, resignación en la voluntad del cielo, lucha contra las cosas y los hombres, larga meditación del pensamiento en la soledad, ejecución heróica del pensamiento en la acción, intrepidez y sangre fria contra los elementos de las tempestades y contra la muerte en las sediciones, confianza en la estrella no de un hombre sino de la humanidad; vida lanzada á toda suerte de azares sin mirar tras sí y precipitándose en un Océano desconocido y poblado de fantasmas, Rubicón de mil quinientas leguas de anchura y mucho más infranqueable que el de César; estudio infatigable, conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo; destreza habil pero honrada para manejar los corazones y guiarlos hacia la verdad; nobleza de formas exteriores que revelaban grandeza de alma y encadenaban los corazones; lenguaje proporcionado á la altura de sus pensamientos, elo-

cuencia que convencía á los reyes y que domaba las sediciones de sus hombres; poesía de estilo que igualaba sus relatos á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor ardiente, inmenso y activo por la humanidad, hasta cuando esta olvida aquellos que la sirven; sabiduría de un legislador y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias; piedad paternal hacia aquellos indios, hijos de la raza humana cuya tutela quería dar al viejo mundo sin que este los esclavizara; olvido de las injurias, magnanimidad y perdón para sus enemigos; hombre de gran piedad que es la virtud que encierra todas las otras cuando se posee á la manera con que aquél la poseía; presencia constante de Dios en su espíritu, justicia en su conciencia, misericordia en el corazón, reconocimiento en el buen éxito, resignación en el infortunio; hé ahí lo que distinguió á este hombre célebre.

No conocemos otro más completo. Contenía muchos hombres en uno solo. Era digno de personificar el mundo antiguo cerca del desconocido que fué el primero en descubrir y de llevar á los hombres de otra raza todas las virtudes del viejo continente sin llevarle ninguno de sus vicios. Su influjo sobre la civilización no

tuvo medida. Completó el universo y la unidad física del globo. Adelantó mucho más allá de lo que se había hecho hasta su época la gran obra de Dios. *¡La unidad moral del género humano!* Esta obra á la cual contribuyó tanto Colón, era demasiado grande para que pudiera ser dignamente premiada con la imposición de su nombre á un cuarto continente.

América no lleva su nombre: el género humano reunido por él lo ha extendido por todo el globo con la voz de la fama.

FIN

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
CEU
15008151

TOMOS

Alfredo de Musset.-Las noches.—Poemas. 76 y 136
Poesías asiáticas..... 77
Shakespeare..... 78-82-112
El Lazarillo de Tormes. 79
Leyendas y tradiciones..... 83
Poemas gaélicos... 84-85-90
Lamartine..... 86
Séneca.—Tragedias... 87
Dickens..... 89
Antología griega..... 92
Rousseau..... 93
La Musa Helénica.... 95
El Diablo Cojuelo..... 96
Cantares populares... 97
Poesías ascéticas y religiosas..... 98
Terencio.—Comedias.. 99
Quintana.—D. Alvaro de Luna..... 100
Augusto Barbier... .. 101
Pedro M.ª Barrera.... 102
El día de fiesta por la mañana y por la tarde 103
María de Zayas y Sotomayor.—Novelas.. 104
Tirso de Molina.—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra 105
Ollantay.—Drama en verso quechúa..... 106
Diderot.—La religiosa. No es un cuento.... 107
Sófocles.—Filotectes (tragedia).—Juvenal (sátiras)..... 108
Goethe.—Fausto... 109 y 110
Modelos de literatura china..... 111
Edgardo Poé..... 113
Virtud al uso y mística á la moda..... 114

TOMOS

Obras escogidas del Padre Feijoo..... 115
Plauto y su teatro..... 116
Miscelánea de Autores españoles..... 117
Poesías sueltas de don Manuel Quintana... 118
D. Miguel de los Santos Alvarez.—Tentativas literarias. 119-120-122
G. Belmonte Muller... 121
El abate Prévost.—Manon Lescaut..... 123
Erckmann Chatrian.—La señora Teresa... 124
Julia de Asensi.—Novelas cortas..... 125
Goya..... 126
Edgar Quinet.—Ahasvérus..... 127 y 128
Gutiérrez de Alba.—Poemas y leyendas. 129-130
Cuentos de Perrault... 131
Biografía de Colón.... 132
Cervantes.—Entremeses..... 134
Campoamor.—El Drama Universal..... 135
Sánchez Pérez.—Actualidades de antaño. 137
Viajes de Gulliver á diversos países remotos 139-140
Aventuras de Robinsón Crusoé..... 141-142
Duque de Rivas.—El Moro Expósito..... 143-144
Tirso de Molina.—El Vergonzoso en Palacio..... 145
Voltaire.—Cándido ó el optimismo..... 146
Juan de Timoneda.—El Patrañuelo..... 147

	TOMOS
Moratín.—Poesías....	148
Alocuciones militares.	149
Fray Luis de Granada.—Sermones.....	150
Canciones patrióticas..	151
Discursos selectos.	152 y 154
Compendio del «Quijote».....	153
Curiosidades históricas.....	155 y 156
Máximas y pensamientos.....	157
Romancero popular...	158
Curiosidades literarias.....	159
Cartas escogidas.....	160
Conocimientos útiles..	161
Vocabulario artístico.	162
Epigramas clásicos...	163
Chateaubriand. Viajes.	164
Iriarte y Samaniego.—Fábulas.....	165
Romancillos anónimos.....	166
Baltasar Gracián.—El Discreto.....	167
Lope de Rueda.—Pasos y comedias.....	168
Lope de Vega.—La moza de cántaro....	169

BIBLIOTECA CLÁSICA

Colección de las obras más selectas de clásicos griegos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, italianos, franceses, etc., etc.

Se publica en tomos en 8.° de 400 á 500 páginas.

Todas las traducciones son directas del idioma en que han sido escritas las obras originales, y están hechas por personas competentes.

Precio de cada tomo: 3 pesetas en rústica y 4 pesetas encuadernado en tela ó pasta.

Van publicados 230 tomos, que pueden adquirirse por subscripción tomando los volúmenes que se dese

DIRECCIÓN:

PERLADO, PÁEZ Y C.ª (SUCESORES DE HERNANDO)

Arenal, 11.—Madrid.